Yo mismo estaré continuamente con vosotros.

CIEN LECCIONES
DE
HISTORIA SAGRADA

Obrita destinada
para la enseñanza primaria
Con aprobación eclesiástica

Establecimientos
Benziger & Co. S. A.
Tipógrafos de la Santa Sede Apostólica
Einsiedeln, Suiza

"Dejad venir a mí los niños y no se lo vedéis, porque de los tales es el reino de los cielos."

CIEN LECCIONES

DE

HISTORIA SAGRADA

Obrita destinada

para

la enseñanza primaria.

Con Aprobación eclesiástica

Nueva edición.

ESTABLECIMIENTOS BENZIGER & CO. S.A.
TIPOGRAFOS DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA
EINSIEDELN / SUIZA

IMPRIMATUR

Ordinariatus Episcopalis Curiensis

Curiae, die 1 mensis Septembris 1956

El Ateneo de Lima, en vista de los dictámenes de los Jurados que se eligieron para informar sobre los libros y útiles de instrucción primaria y media, presentados al Certamen y Esposicion convocados para el 2 de Agosto 1889, nos ha concedido una medalla de plata de Iª clase por nuestro libro „Compendio de Historia Biblica", y otra de 2ª clase por el libro „Cien lecciones de Historia Sagrada" en testimonio de la bondad y utilidad del texto de estas dos magnificas obras.

Todos derechos reservados

Advertencia.

Aunque la distribución de las lecciones no corresponda exactamente á los programas de la enseñanza primaria, presenta sin embargo á los maestros la ventaja de poder enseñar con mayor facilidad la Historia Sagrada, dividiendo su estudio en los varios años de las clases elementales.

INDICE

y

DISTRIBUCION DE LAS LECCIONES

Primer año de Clase elemental.

Antiguo Testamento

1 Creación del mundo.
2. Creación del hombre.
3. Caída del primer hombre.
4 Castigo del primer pecado.
5 Caín y Abel.
6 Diluvio universal.

Nuevo Testamento.

61 Anunciación de María.
62 Nacimiento de Jesús.
89 Muerte de Jesús.
90 Resurrección de Jesu-Cristo.
93 Ascensión de Jesús.
94 Pentecostés.

Segundo año de Clase elemental.

Antiguo Testamento.

1 Creación del mundo.
2 Creación del hombre.
3 Cadía del primer hombre.
4 Castigo del primer pecado.
5 Caín y Abel.
6 Diluvio universal.
7 Los hijos de Noé.
8 Vocación de Abraham.
9 Sacrificio de Isaac.
10 Esaú y Jacob.
11 Jacob en Mesopotamia.
12 Los hijos de Jacob.
13 José vendido por sus hermanos.
14 José en la prisión.
15 Exaltación de José.
16 Los hermanos de José.
17 José reconocido por sus hermanos.
18 La familia de Jacob en Egipto.
19 El Patriarca Job.
20 Moisés salvado de las aguas.
21 La zarza ardiendo.
22 Salida de Egipto.

Nuevo Testamento.

61 Anunciación de María.
62 Nacimiento de Jesús.
63 Venida de los Magos.
64 Huída a Egipto.
65 Disputa con los doctores de la ley.
66 Bautismo de Jesús.
84 Entrada de Jesús en Jerusalén.
85 La última Cena.
86 Jesús en el huerto de los olivos.
87 Ultima noche de Jesús.
88 Jesús ante Pilatos.
89-90-91-92-93-94.

Tercer año de Clase elemental.

Antiguo Testamento.

23 Pasaje del Mar Rojo.
24 Los Israelitas en el desierto.
25 Infidelidad de los Israelitas.
26 Muerte de Moisés.
27 Ocupación de la tierra prometida.
28 Gedeón.
29 Sansón.
30 Noemi y Ruth.
31 Helí y sus hijos.
32 Samuel.
33 Saúl.
34 David y Goliath.
35 Odio de Saúl contra David.
36 Muerte de Saúl.
37 Reinado de David.
38 Muerte de David.
39 Sabiduría de Salomón.
40 Ultimos años de Salomón.
41 División del reino.

Nuevo Testamento.

67 Jesús en el desierto.
68 Vocación de los Apóstoles.
69 La Samaritana.
70 Milagros de Jesús.
71 La piscina probática y la viuda de Naím.
72 La pecadora penitente.
73 Muerte de San Juan Bautista.
74 La tempestad calmada y la multiplicación de los panes.
75 La Transfiguración.
76 Resurrección de Lázaro.
77 Humildad y dulzura de Jesús.
78 Paciencia y otras virtudes del Salvador.
79 Doctrina de Jesu-Cristo.
80 Parábolas.
81 El Samaritano caritativo.
82 El rico epulón y Lázaro.
83 El hijo pródigo.

Cuarto año de Clase elemental.

Antiguo Testamento.

42 Reino de Israel.
43 Elías Profeta.
44 El Profeta Eliseo.
45 El Profeta Jonás.
46 Tobías en Asiria.
47 El hijo de Tobías.
48 Reino de Judá.
49 Judit.
50 Daniel en Babilonia.
51 Sueño de Nabucodonosor.
52 El horno ardiendo y el foso de los leones.
53 Humillación de Nabucodonosor.
54 Convite de Baltasar.
55 Término de la esclavitud.
56 Ester.
57 Persecución de Antíoco.
58 Judas Macabeo.
59 Ultimos acontecimientos de los Hebreos.
60 Expectación del Mesías.

Nuevo Testamento.

Repetición de lo estudiado en el 2º y 3º año y además los siguientes capítulos:
95 Predicación del Evangelio.
96 San Estéban, protomártir.
97 El Apóstol San Pablo.
98 Conversión de los gentiles.
99 Vida de los Apóstoles.
100 Las Persecuciones y los Mártires.

Antiguo Testamento.

I.

Creación del mundo.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra: pero la tierra era informe y vacía, cubierta de agua y de tinieblas.

Dijo entonces el Señor en el primer día: Hágase la luz: y la luz fué hecha; y separándola de las tinieblas, formó el día y la noche.

En el segundo día dividió las aguas inferiores de las superiores, e hizo el firmamento que llamó cielo.

En el tercer día mandó a las aguas inferiores se juntaran en un lugar; y las aguas se retiraron formándose los mares; brotaron las fuentes, los arroyos y los ríos. Después hizo producir a la tierra verdes yerbas y árboles frutales con sus semillas.

En el cuarto creó el sol, la luna y las innumerables estrellas que resplandecen en el firmamento.

En el quinto creó las aves que vuelan en los aires y los peces que viven en las aguas.

En el sexto mandó que la tierra produjese animales de todo género y especie, formó al hombre con su propia mano; y finalmente reposó en el día séptimo, al que santificó y bendijo.

2.

Creación del hombre.

Cuando quiso Dios crear al hombre, dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y tenga dominio sobre toda la tierra.

Formó pues el Señor el cuerpo del hombre del barro de la tierra, le infundió el alma, y le dió vida. A este hombre, Dios le llamó Adán, esto es, hecho de tierra, para que se acordara de su origen.

Pero Adán entre tantos seres no tenía uno siquiera semejante; por lo que dijo el Señor: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante a él.

Por tanto, sumergióle en un profundo sueño, y mientras dormía sacóle una costilla, y de ella formó la mujer que le dió por compañera. El

nombre de esta primera mujer fué Eva, que quiere decir madre de los vivientes. Adán la recibió con ternura, y vivían ambos felices en la sencillez y en la inocencia; amaban a Dios sobre todas las cosas, y Dios los amaba como un amoroso padre ama a sus hijos.

3.

Caída del primer hombre.

Dios había puesto a Adán y a Eva en un jardín delicioso llamado Paraíso terrenal.

Un río corría por este jardín; en él había toda clase de árboles hermosos, y cuyas frutas eran suaves y delicadas: en el medio se levantaba el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Dijo Dios al hombre: De todo árbol del Paraíso podrás comer, menos del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque en cualquier día que comieres de él morirás. El demonio entonces movido de odio y envidia, se valió de la serpiente para tentar a Eva y le dijo: ¿Por que no coméis del fruto de este árbol?

La mujer respondió: Dios nos lo ha prohibido; y si comiéremos de él, moriremos.

No, replicó la serpiente, no moriréis, sino que seréis como Dios, conocedores del bien y del mal. Eva engañada por estas palabras, agarró la fruta, comió de ella, e hizo comer también a su marido.

4.

Castigo del primer pecado.

Luego que Adán y Eva pecaron, comenzaron a sentir el remordimiento y a tener vergüenza,

y aun el mas leve movimiento de las hojas los llenaba de espanto.

Y como oyeran la voz y los pasos del Señor, que venía hácia ellos, tuvieron miedo y se escondieron entre los árboles.

Mas el Señor llamó a Adán y éste respondió: Tuve temor de tu presencia y me he escondido. —¿Y por qué tienes temor, prosiguió el Señor, sino porque has comido el fruto que yo te mandé que no comieses?

Adán respondió: La mujer que me diste por compañera, me dió del fruto para que comiese.

Y dijo el Señor a la mujer: ¿Por qué has hecho esto? Ella respondió: La serpiente me engañó.

Entonces dijo el Señor a la serpiente: Por cuanto de ti proviene el mal, serás maldita entre todos los animales de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida. Eterna enemistad habrá entre ti y la mujer; tú pondrás asechanzas a su pie, mas ella quebrantará tu cabeza.

La mujer de quien hablaba Dios era María, de la cual debía nacer un día el Redentor.

Después volviéndose a Eva le dijo: Multiplicaré sobre ti los dolores y miserias y estarás bajo la potestad de tu marido. Y dijo á Adán: Maldita sea la tierra por tu causa; sudarás trabajando para sustentarte, hasta que la muerte reduzca a polvo tu cuerpo; porque polvo eres y en polvo te convertirás.

Después echó a Adan y a Eva del Paraíso y puso a su entrada de guardia, a un Angel con una espada que arrojaba llamas.

Esta primera culpa del hombre pasó a todos

los descendientes de Adán y se llama pecado original. Por eso todos nacemos fuera de la gracia

de Dios, sujetos a la muerte y a todas las miserias del alma y del cuerpo.

5.

Caín y Abel.

Adán tuvo dos hijos, Caín y Abel; fué éste pastor de ovejas y aquel labrador.

Uno y otro ofrecían dones al Señor. Caín de los frutos de la tierra y Abel de lo mejor de su ganado: mas el Señor aceptaba las ofrendas de Abel inocente y bueno, pero no las de Caín porque era malo.

Por esto se llenó Caín de enojo y envidia contra su hermano, y en su tristeza ni levantaba los ojos al Cielo.

Dijo el Señor a Caín: ¿Por qué envidias a tu hermano? ¿No está en tus manos el hacer el bien o el mal?

Pero Caín era sordo a la voz de Dios y germinaban en su mente feroces designios.

Un día convidó a Abel a pasear por el campo, y cuando estuvieron solos le acometió y le mató.

Después de tan horrible delito, Dios llamó a Caín y le dijo: ¿Endónde está tu hermano? Y Caín contestó con altivez. No lo sé, ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? — Mas Dios le dijo: La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra: tú serás maldito; la tierra que labrares no te dará ningún fruto; vagabundo y fugitivo errarás sobre la tierra.

Caín entonces huyó desesperado del perdón, y fué infeliz por toda su vida.

6.

Diluvio universal.

Habían trascurrido ya desde la creación de Adán cerca de mil seiscientos años, cuando habiéndose aumentado los hombres extraordinariamente, se habían también multiplicado los vicios sobre la tierra.

Entonces dijo a Noé cómo había determinado exterminar al hombre, y también a los animales: mandóle construir una arca en forma de nave, y que entrara en ella, él con su mujer, sus tres hijos y sus mujeres, y así mismo hiciera entrar toda especie de animales.

Noé cumplió fielmente cuanto el Señor le había mandado. Se abrieron entonces las cataratas del cielo, desbordaron las aguas del mar y de todas

las fuentes, y una lluvia espantosa cayó sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches.

Las aguas cubrieron toda la tierra, subiendo hasta quince codos sobre la cima de los montes más elevados; todas las cosas quedaron sumergidas por el diluvio; sólo, en medio de este total exterminio el arca de Noé flotaba segura sobre las aguas, protegida por Dios.

Cesó finalmente la lluvia; las aguas sin embargo

permanecieron todavía ciento cincuenta días a la misma altura. Dios entonces hizo soplar un viento muy recio y poco a poco las aguas disminuyeron y el arca se paró sobre una montaña.

Queriendo entonces saber Noé si estaba descubierta la tierra, abrió la ventana del arca y echó a volar un cuervo; pero el cuervo no volvió.

Siete días después despachó una paloma, qué no encontrando donde posarse, volvió al arca; pero mandada segunda vez, volvió por la tarde trayendo en el pico un ramo de olivo; por lo que conoció Noé que las aguas se habían retirado de la tierra.

Entonces por orden de Dios salió Noé del arca con su familia y con todos los animales, y levantando un altar al Señor, le ofreció un sacrificio, en acción de gracias

Agradó al Señor este sacrificio, prometióle que jamás volvería a mandar otro diluvio, e hizo aparecer el arco iris en señal de la alianza que había contraído con los hombres.

7.

Los hijos de Noé.

Los tres hijos de Noé, Sem, Cam, y Jafet, con us generaciones, repoblaron poco a poco la tierra. Noé entre tanto atendía a la agricultura.

Él fué quien primero cultivó la viña; y habiendo sacado vino de la uva madura, bebió de él sin conocer sus efectos y se embriagó.

Habiéndose dormido en su tienda, descubierto el cuerpo, le vió en tal estado Cam, y riendo fue

a decirlo a sus hermanos; pero éstos avergonzándose de tan mal proceder y llenos de respeto por su padre, tomaron una capa y le cubrieron.

Cuando Noé volvió en sí, sabedor de lo acadecido maldijo a Canaán hijo de Cam, y declaró á su descendencia sujeta a las de Sem y Jafet, a quienes bendijo.

Habiéndose los hombres multiplicado extraordinariamente sobre la tierra y debiendo separarse, quisieron antes edificar una torre de tal altura que su cúspide tocara el cielo. Mas Dios para castigar esta soberbia, confundió su lenguaje de modo que no se entendían los unos a las otros; por lo que se vieron obligados a abandonar la obra que habían comenzado y a dispersarse sobre la tierra.

Desde entonces les descendientes de Sem habitaron el Asia, los de Cam el Africa, y los de Jafet se establecieron en Europa. La América debe haberse poblado por los que vinieron a ella de la parte septentrional del Asia.

8.

Vocación de Abraham.

Se había ido perdiendo con el trascurso del tiempo la memoria del diluvio, y los hombres se olvidaron también de Dios; adoraron al sol, la luna y las demás criaturas, y se contaminaron con todo género de iniquidades.

Entonces el Señor queriendo formar una familia y un pueblo escogido, mandó a un hombre de la Caldea llamado Abraham, que saliera de su país, que abandonara su parentela y la casa de su padre para ir a la tierra de Canaán.

Abraham partió con Sara su mujer y Lot su sobrino. Pasado algun tiempo, el Señor se le apareció y le bendijo; después le constituyó dueño de todo aquel país, prometiéndole que sus descendientes se multiplicarían como el polvo de la tierra.

Abraham permaneció fiel en el servicio de Dios; amó la paz y dió de ello una hermosa prueba, cuando por una contienda entre sus pastores y los

de Lot, se separó del sobrino cediéndole la mejor parte de aquel país. Siempre se mostró afable y hospitalario con los forasteros.

Era ya anciano como también su mujer y no tenían hijos; cuando Dios, conforme a sus promesas dijo a Abraham: Sara tu mujer te dará un hijo y le llamarás Isaac.

Nació a su tiempo el niño prometido y llenó de júbilo el corazón de sus ancianos padres.

Un acontecimiento extraordinario tuvo lugar en este mismo tiempo en el país que habitaba Abraham, y fué la destrucción de Sodoma, Gomorra y de otras ciudades que Dios castigó por su maldad, cubriéndolas con el Mar Muerto.

9.

Sacrificio de Isaac.

El Señor para probar la fe y la obediencia de Abraham, le dijo un día: Abraham, toma a tu hijo único y sacrifícale en holocausto sobre el monte que yo te indique.

Abraham se levantó resueltamente é hizo levantar también a Isaac, cargó sobre él la leña para el sacrificio, tomó en sus manos el fuego y el cuchillo y se puso en camino con el hijo.

Mientras se dirígia hacia el monte, dijo Isaac a su padre: Padre mío, tenemos el fuego y la leña; ¿donde está la víctima para el holocausto? Y Abraham contestó: Hijo mío, Dios proveerá. Y continuaron su marcha.

Luego que llegaron al lugar designado, Abraham levantó un altar y lo cubrió de leña; ató a Isaac, le puso sobre el altar y tomó el cuchillo.

Alzada ya la mano, iba a matarle cuando un Angel clamó del cielo: Abraham, Abraham, no pongas las manos en la vida de tu hijo; ya he conocido tu fe.

Abraham alzó los ojos y se detuvo: después viendo a sus espaldas un carnero trabado de las astas en una zarza, tomóle y le ofreció en holocausto en lugar dè su hijo.

10.

Esaú y Jacob.

Isaac tuvo de Rebeca dos hijos, Esaú y Jacob. El primero tenía el cuerpo cubierto de vello como la piel de un animal y fué un valiente cazador; el segundo fué pastor, de índole suave y de costumbres sencillas.

Habiendo cierto día preparado Jacob una sopa de lentejas, llegó Esaú fatigado del camino, y le dijo: Hermano, dame de esa sopa que has hecho, porque vengo del campo muy cansado. Le respondió Jacob: Te la daré si me vendes los derechos de primogenitura.

Esaú, rendido de hambre, vendió por un plato de lentejas el derecho que los primogénitos tenían a la herencia y a las bendiciones del padre; mas cuando reflexionando conoció su falta, encendióse de ira y amenazó de muerte al hermano.

Entonces Rebeca, temiendo por la vida de su amado Jacob: Huye, le dijo, huye, hijo mío, y refúgiate en casa de Labán tu tío, quédate con él hasta que se aplaque el furor de tu hermano. Y Jacob despidiéndose de sus padres se fué para la Mesopotamia.

Mientras iba, una noche cansado del viaje, echóse a dormir al raso, recostando la cabeza sobre una piedra y vió en sueños una escala apoyada sobre la tierra, cuya extremidad tocaba el cielo, por la cual los Angeles del Señor subían y bajaban; sobre ella estaba Dios.

Y oyó una voz que le dijo: Yo soy el Señor, Dios de tus padres; a ti y a tu posteridad daré a tierra en que duermes; en ti serán benditas

todas las naciones; yo seré tu amparo donde quiera que fueres.

Cuando Jacob se despertó, dijo lleno de espanto: ¡El Señor está en este lugar y yo lo ignoraba!

Levantándose muy temprano Jacob, tomó la piedra que había puesto de cabecera, la erigió por monumento, y derramó aceite sobre ella, para indicar con esto que debía ser consagrada al Señor.

II.

Jacob en Mesopotamia.

Llegado Jacob a Mesopotamia fué acogido cariñosamente por Labán su tío, quien le confió el cuidado de numerosos rebaños que hizo crecer y prosperar.

Mas aunque Jacob sirviera a Labán con celo y fidelidad, tuvo mucho que sufrir por culpa de su avaro tío, pues se vió obligado a permanecer en su servicio siete años para obtener por esposa a Raquel, hija menor de Labán.

Pasados estos siete años, Labán engañandole, le dió a Lía por ser de mayor edad; así es que tuvo que quedarse sirviendo otros siete años para obtener a Raquel, y después otros seis antes de volver a la casa paterna.

Habiéndole dicho el Señor que volviera a su patria, Jacob salió de la Mesopotamia y se fué a la tierra de Canaán con sus mujeres, sus hijos y con numerosos ganados.

Entre tanto, para calmar el ánimo airado del hermano, de quien temía, envióle mensajeros con riquísimos presentes. Esaú le salió al paso y Jacob así que le vió, se le acercó inclinándose hasta el suelo.

Aplacado con esto Esaú, corrió al encuentro del hermano, le estrechó entre sus brazos, le besó llorando de ternura, y le protestó que nunca había tenido intención de hacerle mal alguno.

Entonces Jacob entró en su patria lleno de riquezas y de bendiciones; pudo abrazar a su anciano padre, pero no a la madre, que ya había muerto; y toda aquella familia vivió tranquila y

unida hasta la muerte del patriarca Isaac que alcanzó a los ciento ochenta años.

12.

Los hijos de Jacob.

Jacob tuvo doce hijos, entre los cuales había uno llamado José. Su padre le quería más que a los demás, y le había dado una túnica de diferentes colores. Por esto sus hermanos le odiaban, y el odio creció después que les contó el siguiente sueño.

Soñé, les dijo José, que estábamos juntos en el campo atando haces, cuando he aquí que mi haz se levanta y se mantiene derecho, y los vuestros estando al rededor, se inclinan al mío.

Respondieron los hermanos: ¿qué significa ese sueño? ¿Serás por ventura nuestro rey? ¿O estaremos sujetos a tu dominio? Tuvo después otro sueño que contó al padre y a los hermanos diciéndoles cómo había visto el sol y once estrellas que le adoraban. El padre le dijo: ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso yo, tu madre y tus hermanos debemos adorarte?

Sus hermanos le tenían envidia, pero el padre pensaba en todas estas cosas sin decirlo.

13.

José vendido por sus hermanos.

Un día Jacob mandó a José al campo donde sus hermanos apacentaban los ganados, para que le trajese noticia de lo que pasaba entre ellos.

Apenas le apercibieron a lo lejos, dijeron: Ahí viene el soñador: matémosle y echémosle en una

cisterna; diremos después que una fiera le devoró, y entonces se verá si le aprovechan los sueños.

Mas Rubén, el primogénito, tratando de disuadir a sus hermanos de tan atroz delito, les dijo: No le quitéis la vida, ni derraméis su sangre, no manchéis vuestras manos; echadle más bien a una cisterna.

Le arrojaron pues a una cisterna; pero habiendo pasado por allí unos mercaderes que iban á Egipto y concertado con ellos su venta, le sacaron y se lo entregaron por veinte monedas de plata.

Los bárbaros hermanos añadieron a este, otro delito. Para engañar al padre, empaparon la tunica de José en la sangre de un cabrito, y se la mandaron diciendo que una fiera lo había devorado.

El pobre Jacob a tal noticia prorumpió en llanto, rasgó sus vestiduras, y durante muchos días estuvo llamando por su nombre al hijo desventurado.

14.

José en la prisión.

José fué vendido por los mercaderes a un rico egipcio llamado Putifar, el cual habiendo conocido sus virtudes, le confió el gobierno de su casa y de todas sus cosas.

Poco tiempo desempeñó José este cargo, pues acusado falsamente de un delito, fué encerrado en una cárcel oscura.

Había a la sazón en la misma cárcel, dos ministros del rey Faraon, el gran copero y el panadero mayor; y cada uno de ellos había tenido un sueño que nadie supo interpretar.

El primero había visto en sueños una vid con tres sarmientos que producían uva; y él, que tenía en su mano la copa de Faraon, tomaba de esa uva, la exprimía dentro de la copa, y se la servía al mismo Faraon.

José le declaró como al cabo de tres días debía ser restituido a su antiguo grado, y le rogó se acordara de él entonces.

El panadero había soñado que tenía tres canastillos llenos de pasteles sobre su cabeza y que, las aves venían a comer de ellos. José predijo a este, que dentro de tres días debía ser ajusticiado.

Los sueños se realizaron; pero el copero vuelto a su prosperidad se olvidó de José, del cual había recibido señalados servicios.

15.

Exaltación de José.

Dos años después Faraón tuvo dos sueños que ninguno de los adivinos de Egipto supo inter-

pretar. En el primer sueño le parecía ver salir del Nilo siete vacas hermosas y gordas que pastaban lejos del río en lugares pantanosos y poco a poco otras siete demacradas que pastaban sobre la ribera del mismo río, las que acometiendo a las primeras las devoraron, quedando como antes hambrientas y flacas.

En el segundo sueño vió que de una caña de trigo salían siete espigas llenas y muy hermosas, mas en pos de éstas, brotaban otras siete delgadas y áridas, que en un momento devoraron a las primeras. Entonces el gran copero se acordó de José, habló de él al rey; y éste le hizo venir a su presencia.

José, informado de los sueños, predijo que tendría

Egipto siete años de mucha abundancia y después otros siete de miseria.

Aconsejó al rey que confiara el gobierno del Egipto a un hombre sabio e industrioso, el cual en los años de abundancia recogiese en graneros parte de las cosechas y la reservara para la escasez venidera.

Pareció bien el consejo a Faraon, y pensando que nadie podría desempeñar mejor aquel oficio que el mismo José, le exaltó y constituyó gobernador de todo el Egipto.

16.

Los hermanos de José.

Llegaron los años de la carestía, y se padecía mucha hambre en la tierra de Canaán; por lo que Jacob mandó a sus hijos al Egipto para comprar trigo.

Así que llegaron, José los conoció, mas no quiso darse a conocer a sus hermanos.

Al principio fingió tomarlos como espías; pero como le dijesen que ellos eran doce hermanos, que el menor llamado Benjamín, había quedado en casa con su padre, y que el otro ya no vivía, díjoles José: Si es verdad que sois hombres de paz, uno solo de vosotros quede en rehenes: váyanse los demás, y lleven el trigo comprado, pero en volviendo traedme a vuestro hermano menor.

Salidos de Egipto, y llegados a su casa con los jumentos cargados de trigo, contaron a Jacob lo acaecido, y en cuanto descargaron los sacos y los abrieron, quedaron admirados de hallar en la

bolsa de cada uno el dinero que habían dado en pago.

Jacob empero no se decidía a apartarse de su amado Benjamín, temiendo le sucediese alguna desgracia como a José, pero al fin cedió a los ruegos de sus hijos.

17.

José reconocido por sus hermanos.

Habiendo vuelto a Egipto los hijos de Jacob con Benjamín se presentaron a José, quien se conmovió viendo al más pequeño de sus hermanos y los acogió con cariño, invitándolos a comer en su casa.

Ordenó después al mayordomo del palacio que llenase de trigo los sacos de los forasteros poniendo en ellos el dinero que habían traído, y que con el dinero pusiera en el saco del más joven su copa de plata; lo que así se hizo.

Al día siguiente los once hermanos salieron contentos de la ciudad, y cuando ya estaban a alguna distancia, se les apareció de repente el mayordomo de José, les mandó hacer alto, les obligó à abrir todos los sacos y se halló en el de Benjamín la copa de José. A su vista los hermanos quedaron admirados, rasgáronse en su dolor las vestiduras, y llorando siguieron a Benjamín que fué llevado preso a la ciudad.

Llegados a la presencia de José, llenos de pesar y de miedo se arrojaron a sus pies; protestaron que eran inocentes y le suplicaron retuviera preso a cualquiera de ellos, pero que dejara libre a Benjamín: nuestro pobre padre, decían, se morirá de dolor.

A estas palabras José no pudo ya reprimirse, y llorando exclamó: ¡Yo soy José! ¿vive mi padre todavía?

Los hermanos, sobrecogidos no sabían qué responder, pero José los abrazó cariñosamente confortándolos con dulces palabras.

Apresuraos, continuó diciendo: volved a casa de mi padre; decidle que su hijo José vive todavía, e instadle a que venga con toda su familia a Egipto.

Regocijados los hermanos de José, partieron para el país de Canaán.

18.

La familia de Jacob en Egipto.

Jacob con su numerosa familia se fué a Egipto y José le acogió con lagrimas de alegría. Faraón

le entregó a él y a sus hijos, para que la habitaran, una comarca muy fértil. Este anciano tenía entonces ciento treinta años, y vivió aun diez y

siete, al cabo de los cuales murió en los brazos de José y en medio del llanto de sus demás hijos.

Después de la muerte del padre, recelando los hermanos que José se vengaría de la injuria que había sufrido; le enviaron a decir olvidara su falta y los perdonase. José no solo les concedió el perdón que pedían, sino que los consoló con dulces palabras y hasta su muerte los trató con fraternal benevolencia.

Al cabo de muchos años José y todos sus hermanos murieron; mas sus descendientes, llamados Hebreos o Israelitas, divididos en doce tribus que llevan el nombre de los doce hijos de Jacob,

se multiplicaron de tal modo que llenaron todo el país.

Por lo cual otro Faraón que reinaba entonces en Egipto, recelando de ellos, los redujo primero a la esclavitud, los sobrecargó de fatigas, en modo que muchos se morían; y después mandó fueran echados al Nilo todos los niños hebreos que nacieran.

Esperaba con esto exterminar toda aquella generación. Mas Dios, cumpliendo las promesas hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob, no abandonó a su pueblo, y en sus eternos consejos le preparaba un libertador.

19.

El Patriarca Job.

Vivió en tiempos remotos un príncipe del país de Us en Oriente, llamado Job, que fué varón justo, leal, rico de prole y fortuna y tan honrado de los hombres como querido de Dios.

El Señor a fin de hacer de él un modelo de paciencia para todos los siglos, permitió que Satanás le tentara con todo género de tribulaciones.

Primero le quitó en un solo día los ganados, los siervos y los hijos; y Job, en tamaña desgracia, se rasgó las vestiduras, se cortó los cabellos, se echó con el rostro al suelo, mas adoró y bendijo al Señor.

Entonces Satanás irritado por la resignación de Job, obtuvo del Señor herirle en la persona; le cubrió con una úlcera asquerosa, que le hizo insoportable a los mismos que más le amaban, y se vió obligado a vivir en un muladar.

Y como si no bastaran tantos dolores, aún tuvo que sufrir los reproches de su mujer, y los molestos consuelos de sus amigos; con todo mantúvose paciente y exclamó: El Señor me colmó de bienes, el Señor me los quitó; bendito sea su santo nombre.

Finalmente Dios tuvo piedad de su siervo; dió a Job la salud, el duplo de la riquezas perdidas, y una numerosa familia. Este santo patriarca llegó a los doscientos diez años, y habiendo visto sus nietos hasta la cuarta generación terminó su vida plácidamente.

20.

Moisés salvado de las aguas.

Había nacido a una mujer hebrea de la tribu de Leví, un hermoso niño, y ella le escondió para salvarle la vida.

Después de tres meses, no pudiendo ya ocultarle, tomó una cestilla de juncos, la untó con betún y con pez, y habiendo puesto en ella el niño, la llevó al Nilo y la puso entre las cañas de la ribera.

María, entre tanto, niña de ocho o diez años y hermana del niño, se había ocultado a lo lejos para ver lo que sucedía.

Poco después la hija de Faraón bajó al río para

bañarse, vió la cestilla y se la hizo traer; y halló dentro un hermoso niño llorando; éste, dijo, ha de ser por cierto algún niño de los Hebreos.

Apenas María oyó estas palabras, se adelantó y le dijo: Si queréis, iré a llamar a una mujer hebrea que pueda criar al niño. Y respondiendo afirmativamente la princesa, corrió la niña a llamar a su madre, a quien dijo la hija de Faraón:

Toma ese niño y críamelo: yo te daré tu salario. Tomó la mujer el niño, se lo llevó a su casa y le crió.

Habiendo crecido el niño, la madre le entregó a la hija de Faraón, que lo recibió con mucho cariño, llamándole Moisés, que quiere decir salvado de las aguas; y habiéndole hecho educar en su corte, lo adoptó por hijo.

21.

La zarza ardiendo.

Habiendo Moisés avanzado en edad, dolíase por los padecimientos de sus hermanos. Tenía ya cuarenta años, cuando habiendo visto un egipcio que pegaba a un hebreo, fué tal su indignación que le mató y le sepultó en la arena.

A consecuencia de este hecho tuvo que fugarse de la corte y del Egipto; y fué acogido benévolentemente en el país de Madián, por Jetró, sacerdote del Altísimo, que le dió por esposa una de sus hijas y le confió el cuidado de sus ganados.

Un día que Moisés los apacentaba al pie del monte Horeb, vió una zarza que ardía y no se consumía. Moisés se acercó para reconocer la maravilla que tenía ante sus ojos, cuando salió de aquel fuego una voz que le dijo: Moisés, Moisés, no te acerques; quítate el calzado de tus pies, porque la tierra en que estás es santa; Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Moisés no osando mirar a Dios cubrió su rostro; y el Señor prosiguió: He visto la aflicción de mi

pueblo en Egipto, ven y te enviaré a Faraón para que saques de aquel país a los hijos de Israel y los lleves a la tierra de Canaán y por señal de que te he mandado te daré el poder de obrar milagros.

Moisés humilde y temeroso, quiso escusarse, pero se sometió al fin a la voluntad de Dios y se fué a Egipto.

22.

Salida de Egipto.

Moisés tenía ochenta años cuando con Aarón su hermano, se presentó a Faraón, y le ordenó en nombre de Dios que dejara partir a los Hebreos; mas el impío rey no quiso acceder a los mandatos divinos. Entonces Moisés para vencer la obstinación de Faraón, obró muchos prodigios e hirió a Egipto con terribles castigos, los que se llamaron después *Las plagas de Egipto.*

Estos castigos fueron: las aguas del Nilo convertidas en sangre; una prodigiosa cantidad de ranas, de mosquitos y moscas importunas; las úlceras en los hombres; un granizo espantoso; langostas que devastaron las yerbas y las plantas; y finalmente tinieblas pavorosas que por tres días cubrieron el Egipto.

No por eso cedió Faraón, sino que se mantuvo en su dureza de corazón. Entoces Moisés llamó a los ancianos de Israel y les dijo que tomaran

el cordero para celebrar la Pascua, y de la sangre de aquel cordero tiñeran los dinteles de las puertas de sus casas, a fin de que, pasando el Angel del Señor y viéndolas teñidas de snagre no entrase a exterminarlas.

Y he aquí que a media noche el Señor mandó a un Angel exterminador que mató a todos los

primogénitos de los Egipcios, desde el de Faraón hasta el del esclavo, y también todos los primogénitos de los animales.

Lleno de espanto Faraón sin aguardar el día, llamó a Moisés y a Aarón, y les dijo: Dáos prisa y salid de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel; tomad vuestras ovejas y ganados y salíos a sacrificar al Señor como habéis dicho.

Partieron los Israelitas en número de seiscientos mil sin contar las mujeres, los viejos y los niños, después de haberse cumplido más de doscientos años de la venida de Jacob con su familia.

23.

Pasaje del Mar Rojo.

No hacía mucho que Israel se había ido deEgipto, cuando Faraón, mudándosele el corazón, salió a toda prisa a perseguirle con todo su ejército y le alcanzó a orillas del Mar Rojo.

A la vista de los Egipcios que los perseguían, los Israelitas sobrecogidos de terror, empezaron a gritar y murmurar contra Moisés; mas éste les decía que no temieran, y aguardasen las grandes maravillas que haría el Señor en ese día.

Entonces, por orden de Dios, Moisés extendió las manos sobre el mar: las aguas se dividieron hasta el fondo, quedando levantadas como un muro de una y otra parte, y toda la noche sopló un viento recio y ardiente que secó el fondo del mar.

Por aquella vía entraron los hijos de Israel, guiados por Moisés, y ya se habían adelantado mucho, cuando los Egipcios cegados de su per-

versidad, quisieron seguirles por el mismo camino. Ya los carros, los caballos y todo el ejército estaban dentro del mar, cuando el Señor levantó contra los Egipcios una tormenta furiosa, que deribando los carros y caballos con los combatientes, los arrastró a lo profundo.

Llegados a la orilla opuesta, Moisés extendió la mano sobre el mar y en un instante cayendo las aguas, arrollaron al ejército de Faraón y lo sumergieron de tal modo, que ni uno solo se salvó del exterminio.

Los Israelitas viéndose ya salvos, reconocieron y alabaron la omnipotencia de Dios, y Moisés compuso para el pueblo un cántico en acción de gracias al Señor.

24.

Los Israelitas en el desierto.

Los Israelitas, pasado el mar Rojo, entraron en un desierto, y luego comenzaron a murmurar contra Moisés, diciendo que los había llevado allí para que se murieran de hambre y de sed.

Pero Dios significó a Moisés cómo él daría al pueblo pan y carne; y una tarde, una infinidad de codornices cubrieron el campo; a la mañana siguiente toda la tierra se vió cubierta de granitos blancos que ellos llamaron *Maná*.

De este maná, que tenía un sabor de miel y que caía todas las noches, se alimentaron losHebreos por cuarenta años, hasta que entraron en la tierra de Canaán.

También el Señor les dió de beber con prodigios, ora dulcificando las aguas saladas y amargas, ora haciendo brotar fuentes vivas de las peñas que Moisés golpeaba con una vara.

Entre tanto, al tercer mes que los Hebreos habían salido de Egipto, llegaron a la falda del

monte Sinaí, y allí el Señor dió su ley con terrible aparato.

Empezaron a verse rayos hendiendo los aires con relámpagos deslumbradores y truenos espantosos; una nube oscura ceñía el monte y retumbaba el sonido de la bocina.

Moisés subió solo al monte, entró en la nube

y el Señor le habló entre rayo y truenos dictándole sus diez mandamientos.

Cuando Moisés bajó dc la montaña, encontró al pueblo temblando y postrado por el miedo; refirió todas las palabras de Dios, y el pueblo unánimemente respondió que guardaría todos los mandamientos del Señor.

25.

Infidelidad de los Israelitas.

El pueblo de Israel que tantos beneficios había recibido de Dios, dió un lamentable ejemplo de inconstancia y de infidelidad.

Habiendo vuelto Moisés a la montaña que humeaba todavía, y quedando allí cuarenta días, los Israelitas cansados de aguardarle, se hicieron construir por Aarón un becerro de oro y lo adoraron erigiéndole un altar y ofreciéndole sacrificios; después dieron en solazarse con cantos y danzas.

Cuando Moisés descendió del monte, vió las danzas del pueblo caído en la idolatría; y encendido en santa ira, quebró las tablas de piedra sobre las que Dios mismo había escrito la ley, echó a tierra y redujo a polvo el adorado becerro, castigando severamente a los autores de aquel gran pecado.

Llegado con el pueblo hebreo a los confines de la tierra de Canaán, envió diez hombres, entre los que estaban Caleb y Josué, a reconocerla y explorarla; estos se fueron y la exploraron con toda diligencia.

De vuelta, en prueba de la prodigiosa fertilidad de aquel país, llevaron consigo un sarmiento con

un racimo de uvas tan pesado que lo cargaban dos hombres: dijeron que aquellos habitantes eran gente de alta estatura y tan fieros, que a combatirlos, se hubiera ido a una muerte cierta.

A tales nuevas todo el pueblo se hechó a llorar y a murmurar contra Moisés y contra Dios; y cuando Caleb y Josué quisieron calmarlos mostrándoles cómo el Señor era más fuerte que todos los enemigos, por poco no los apedrearon. Por estas y otras faltas, el Señor condenó al pueblo de Israel a errar por cuarenta años en el desierto, y juró que ninguno de los que habían salido del Egipto, excepto Caleb y Josué, entraría en la tierra prometida; y no faltó la palabra de Dios.

26.

Muerte de Moisés.

Ya todos los Israelitas librados por Moisés de la esclavitud de Faraón, excepto Caleb y Josué, habían muerto; había crecido una generación nueva y el Señor estaba para introducirla en la tierra de Canaán.

A Moisés sin embargo no le fué dado llegar a la tierra prometida. Una vez el Señor le había ordenado que golpease una peña con la vara para sacar agua; pero él, aunque lo hizo, se mostró algo desconfiado de la palabra divina por no haber brotado el agua inmediatamente.

Por eso Dios no concedió a Moisés entrar en la tierra prometida, sino verla tan solo desde lejos.

Tenía entonces Moisés ciento y veinte años y se acercaba el día de su muerte, cuando hizo juntar

todo el pueblo al rededor del Tabernáculo del Arca santa.

Era el Tabernáculo un pabellón de pieles y de telas preciosísimas, y debajo de él estaba el Arca de la Alianza, que Moisés había hecho construir de madera preciosa, cubriéndola por dentro y por fuera de oro purísimo, y en la que había puesto las tablas de la ley.

Así que estuvo el pueblo reunido, Moisés le recordó todos los beneficios de Dios, exhortándole a permanecer fiel en su servicio; constituyó a Josué por sucesor, y profundamente conmovido bendijo a cada tribu y por último a todo Israel.

En seguida subió a la cumbre de un monte que el Señor le había mostrado, desde donde vió la tierra prometida: allí murió, y ningún hombre conoció jamás el lugar de su sepultura.

Fué Moisés un varón admirable por su sabiduría y por todas las demás virtudes, y los hijos de Israel le lloraron durante treinta días.

27.

Ocupación de la tierra prometida.

Después de la muerte de Moisés el Señor dijo a Josué que pasara el Jordán y condujera a los hijos de Israel a la tierra que les había prometido.

Josué hizo adelantar el Arca de la Alianza; y luego las aguas del Jordán se separaron, como había sucedido con las del Mar Rojo, y el pueblo pasó el río.

Había en aquellos parajes una ciudad muy fortificada con muros y defendida con almenas, llamada Jericó, la cual ni se podía derribar, ni

asediar fácilmente. Josué ordenó que al rededor de sus muros se llevara el Arca, y que la precedieran los sacerdotes tocando las trompetas; y como el Arca fuese llevada siete días y por siete veces, el último día las torres y los muros se desplomaron de súbito y la ciudad fué tomada y destruída.

Expugnada la ciudad de Haí y aceptada la rendición de los Gabaonitas, Josué se fué a libertar la ciudad de Gabaón, sitiada por cinco reyes que se habían coaligado contra él; los acometió con grande ímpetu y los derrotó llenándolos de terror.

Ya declinaba el día; mas Josué queriendo acabar con los enemigos y que la jornada fuera decisiva, mandó al sol que se parase, y el sol se paró hasta que el ejército contrario quedó enteramente destruído.

Habiendo vencido en seguida otros reyes y pueblos, Josué estableció a los Hebreos en la tierra que les estaba destinada, dividió entre las doce tribus los campos y las ciudades que había tomado, y murió al cabo de algunos años.

Desde entonces la potestad suprema pasó a los jueces, entre quienes fueron célebres Gedeón, Sansón, Elí y Samuel.

28.

Gedeón.

Los Hebreos por sus pecados habían sido humillados y oprimidos por un pueblo cercano muy poderoso, cuando Gedeón, suscitado por Dios, juntó un ejército de treinta y dos mil hombres y acampó frente al enemigo.

Mas dijo Dios a Gedeón: No necesitas tanta gente; toma de entre ellos trescientos solamente, para que no atribuyan la victoria a su valor sino a la Omnipotencia divina. Así lo hizo Gedeón; dividió los trescientos hombres en tres cuerpos. dió a cada uno de ellos una trompeta y una vasija de tierra con una tea encendida por dentro; y díjoles que cuando llegasen al lugar señalado, hicieran lo mismo que él hiciese. A eso de media noche Gedeón tocó la trompeta, quebró la vasija, y la tea encendida quedó descubierta y ardiendo en la mano. Lo mismo hicieron sus soldados, y estando firmes en sus puestos, gritaron a la vez: *La espada del Señor es de Gedeón.*

Despertados los enemigos a estos gritos y ruido, creyeron que hubieran entrado los Israelitas en su campamento, y huyeron sobrecogidos de espanto para ponerse en salvo.

Pero a causa de la oscuridad de la noche y por el temor que se apoderó de ellos, no pudieron conocerse ni sobreponerse, y volviendo las armas los unos contra los otros se mataron entre sí. Gedeón entonces acometiéndolos por diversas partes, los exterminó a todos.

29.

Sansón.

Fué Sansón un varón de fuerza maravillosa, á quien Dios destinó para que defendiera al pueblo de Israel de la opresión de los Filisteos. En su juventud despedazó un león que le había asaltado. Otra vez rompió las cuerdas con que le habían atado, y con una quijada de asno que encontró en el suelo mató a mil enemigos.

Habiendo entrado un día en una ciudad de los Filisteos, éstos, queriendo prenderle, cerraron las puertas de la poblacion, pero Sansón en la noche para evadirse, sacó las puertas de sus quicios, y cargando con ellas, se las llevó hasta la cima de un monte cercano.

Mientras Sansón se mantuvo en la ley de Dios, fué invencible; pero habiéndose desviado del camino de la virtud, cayó en las manos de sus enemigos.

Había revelado Sansón a una mujer que si se le cortaba el cabello, perdería las fuerzas; y la mujer seducida por los dones de los Filisteos, aguardó que Sansón se durmiera, le cortó los cabellos, y le entregó sin fuerza a sus enemigos.

Entonces los Filisteos le cegaron, le ataron con cadenas encerrándole en una prision; pero con el tiempo habiéndole crecido el cabello y con él las

fuerzas, hizo pagar caro a sus enemigos el mal que le habían hecho.

Un día que los Filisteos celebraban una gran fiesta a uno de sus dioses, quisieron divertirse con él escarneciéndole, y le llevaron al templo; Sansón dijo al niño que le guiaba, que lo acercase a las dos columnas que sustentaban el templo, para apoyarse en ellas.

Cuando hubo llegado a las dos columnas, las tomó entre sus brazos, y habiendo invocado al Señor, exclamó: *Muera Sansón y mueran los Filisteos con él.* Y sacudiendo fuertemente las columnas, las desplomó; cayóse el templo, y Sansón mató entonces mayor número de Filisteos que los que había muerto en toda su vida.

30.

Noemi y Ruth.

En tiempo de los jueces, cierto varón llamado Elimelech, que moraba en Belén, por causa del hambre, se había ido con su mujer Noemi y con sus dos hijos al país de Moab.

Habiendo muerto Elimelech y también los hijos, la viuda Noemi, sabiendo que había cesado la carestía en su patria, resolvió volver a ella; Ruth que era mohabita y casada con uno de los hijos de Noemi, no quiso abandonar a la suegra débil y anciana, ni dejó un instante de amarla y servirla.

Llegados a Belén en tiempo de la siega, Ruth se fué a espigar en los campos de un hombre muy rico, llamado Booz, el cual cuando supo por uno de sus siervos, quién era aquella joven, le dijo: Hija mía, no vayas a espigar en otro campo, ni

salgas de aquí; ven tras mis segadores, y nadie te molestará.

Ruth dió gracias a Booz, el cual le contestó: He sabido todo lo que has hecho con tu suegra después de la muerte de tu marido; el Dios de Israel te pagará tus buenas obras.

Después dijo secretamente a sus segadores: dejad caer espigas de vuestras gavillas, para que pueda recojerlas aquella mujer, y no la molestéis para que lo haga sin rubor.

Ruth espigó en aquel campo hasta la tarde, y limpiado el grano que había recogido, se lo echó al hombro, volviendo con él a su suegra, a quien dió también de la comida que le había sobrado.

Noemi quedó muy contenta y aconsejóla que se fuese siempre a espigar con los espigadores de Booz, hasta que hubiera acabado la cosecha de la cebada y del trigo. Mientras tanto admiraba a todos la virtud de Ruth, principalmente por el amor que tenía a Noemi; y Booz, viéndola tan buena y caritativa, la tomó por esposa.

De este matrimonio, que fué bendecido por todo el pueblo, nació Obed, que fué padre de Isaí y abuelo de David.

31.

Helí y sus hijos.

Helí era juez de Israel y sumo sacerdote, y tenía dos hijos ocupados en el ministerio del Tabernáculo; Ofni y Finees.

No contentándose éstos con la parte que les correspondía en los sacrificios, se apropiaban lo mejor de las víctimas que ofrcía el pueblo; por

eso los hombres se apartaban de sacrificar al Señor.

Helí era anciano y conociendo la mala conducta de sus hijos, no los reprendía como era debido: por cuya razón los jóvenes seguían causando grave escándalo. El Señor entonces airado contra Helí, le hizo anunciar por un profeta los grandes castigos que estaba por mandar a él y a sus hijos.

Habiendo pues entrado en guerra los Israelitas y los Filisteos, al primer encuentro el ejército de Israel quedó derrotado. Se dió otra batalla, y se había llevado al campamento el Arca de la Alianza; mas Israel, no teniendo la protección de Dios, fué derrotado por segunda vez: el Arca de Dios fué tomada por los enemigos, y más de treinta mil hombres con Ofni y Finees quedaron muertos en el campo.

A la infausta noticia de la derrota de su pueblo, de la muerte de sus hijos y de la pérdida del Arca, Helí, que estaba a la puerta del Tabernáculo, cayó de espaldas y quebrantándose la cabeza espiró, dejando así un ejemplo terrible a aquellos padres de familia demasiado indulgentes para con sus hijos.

32.

Samuel.

En tiempo que Helí era Sumo Sacerdote, nació Samuel; desde sus mas tiernos años fué consagrado por su madre a Dios y puesto a servir en el Tabernáculo.

Vivía con Helí, y dormía junto al Tabernáculo en donde estaba el Arca. Una noche mientras

dormía, el Señor le llamó: pero él, no sabiendo fuese aquella la voz del Señor, corrió á Helí y le dijo: Heme aquí ¿qué quieres? No te hé llamado, respondió el Sacerdote; vuélvete, hijo mío, y duerme.

Así lo hizo tres veces; mas entonces reconociendo Helí que era el Señor quien llamaba al niño, dijo a Samuel: Si fueres llamado otra vez, no vuelvas aquí, pero responde: Hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha.

Llamado Samuel la cuarta vez, hizo como le había aconsejado Helí; y el Señor le reveló los terribles castigos con que debía herir al Sumo Sacerdote y su familia. A la mañana, requerido por Helí de lo sucedido, le refirió el aviso que había tenido, lo que se verificó poco tiempo después.

Muerto Helí y conociendo el pueblo que el Señor estaba con Samuel, y que era un gran profeta, lo eligió por su juez.

Él fué el último juez de Israel; por él los Hebreos recobraron el Arca y las ciudades perdidas, gozando de larga paz y de tranquilidad perfecta.

Pero habiendo envejecido, y los hijos que había elegido por sus sucesores degenerado de la virtud

del padre, el pueblo amante de novedades, le pidió un rey.

Samuel trató de disuadirlo y apartar a los Hebreos de aquel designio; mas ellos insistieron en su intento, hasta que el profeta avisado por Dios consagró rey a Saúl.

33.

Saúl.

Era Saúl el hombre más valiente de Israel, y de tan elevada estatura que a todos sobrepujaba. Hizo la guerra a los enemigos de su pueblo y los venció. Dos años apenas habián trascurrido desde su exaltación al trono, cuando ya desobedeció repetidas veces al Señor, que le hablaba por boca de Samuel.

Un día Samuel le dijo que fuera a un monte y le aguardara siete días, pues él mismo iría allá para ofrecer un holocausto; mas el día séptimo viendo Saúl que Samuel no llegaba todavía, comenzó a ofrecer el holocausto.

Otra vez Samuel dijo a Saúl, que acabara con los Amalecitas y los exterminara no perdonando a ninguno; pero Saúl salvó la vida al rey y guardó lo mejor de los ganados y las cosas mejores.

Dios lo reprobó por estas faltas. Entonces se apoderó de él un espíritu maligno, de manera que se ponía a menudo furioso; los cortesanos le aconsejaron que llamara junto a sí algún hábil tañedor de arpa, para que diera alivio a su ánimo agitado.

Había en Belén un pastor llamado David, joven rubio, hermoso de cara y de amable presencia, el cual tocaba el arpa excelentemente.

Fué llamado a la corte, y cuando el espíritu maligno embestía a Saul, tañía David el arpa, y aplacábase el furor del rey.

34.

David y Goliath.

Los Israelitas estaban en guerra con los Filisteos, y quedando de frente los dos ejércitos, un Filisteo de nombre Goliath, hombre de descomunal tamaño, se adelantó de las filas, y desafió a los Hebreos a combate singular.

Nadie se atrevía a presentarse; sólo David, indignado de la cobardía que mostraban los suyos, se ofreció espontáneamente al combate; mas Saúl, considerando su edad, le dijo: ¿Podrás, joven, hacer frente a un hombre robustísimo y ejercitado en las armas?

A lo que David respondió: No temas, señor; apacentando yo los ganados de mi padre, un león me arrebató una oveja, y yo le alcanzé y le maté, quitándole la presa de entre los dientes; lo mismo hize con un oso. El Señor que me amparó del león y del oso, me librará también de las manos de este Filisteo.

Entonces dijo Saúl a David: Véte y el Señor sea contigo.

Goliath vestía una loriga a manera de escamas, tenía calzados de cobre, defendía su cabeza con un yelmo de bronce, y de sus hombros colgaba un escudo pesado. David al contrario, habiendo rehusado las armas de Saúl, tomó su cayado y una honda con cinco piedras en su zurrón de pastor, y así armado se fué contra el Filisteo.

Apenas Goliath le vió, le dijo: ¿Soy yo por ventura algún perro, que vienes a mí con un palo? — y David le replicó: Tú vienes a mí con espada y lanza; mas yo vengo contra ti en el nombre del Señor.

Y en diciendo esto, le disparó con la honda una piedra, que hiriendo al Filisteo en la frente le derribó al suelo; y echándose luego sobre Goliath, sacóle la espada de la vaína y le cortó la cabeza

35.

Odio de Saúl contra David.

A la caída de Goliath los Filisteos huyeron despavoridos, y David, llevando en una mano la espada y en la otra la cabeza del gigante, entró en la ciudad en medio de los aplausos de la multitud que cantaba: *Saúl mató mil, y David diez mil.*

Estas palabras engendraron en Saúl un odio tan sordo e implacable contra David que intentó varias veces quitarle la vida.

Un día habiéndose apoderado de Saúl el espíritu maligno, vino David tañendo el arpa para apaciguarlo, y mientras tañía, Saúl le arrojó la lanza para clavarle contra la pared, y le hubiera atravesado, si David no hubiese evitado el golpe por dos veces.

Le tendió después otras insidias: mas David viendo que el ánimo de Saúl era implacable, dejó la corte y se fué al desierto.

Muchas veces hubiera podido librarse de su perseguidor y matarle facilmente, como cuando entró solo en aquella cueva oscura, en que David mismo por temor estaba escondido, o la noche que se introdujo en la tienda del rey mientras dormía.

Pero la primera vez se contentó con cortarle un pedazo del manto, y la segunda le quitó la lanza y la capa sin hacerle ningún mal. ¡Verdadero y admirable ejemplo de generosidad con un enemigo!

36.

Muerte de Saúl.

Los Filisteos habían tomado otra vez las armas contra Saúl, el cual, viendo el gran número de enemigos, se conturbó y consultó al Señor; pero el Señor no le respondió.

Se volvió entonces a un partido detestable, como fué el de consultar a una pitonisa, o sea una maga, que moraba en Endor. Se fué pues a ella disfrazado y de noche, y le ordenó que le hiciera aparecer a Samuel muerto hacía poco tiempo.

Y he aquí, que como Dios quiso, vió venir un anciano venerable cubierto de manto.

Era Samuel, el cual dijo a Saúl: ¿Por qué me has inquietado, y para qué me preguntas habiéndote el Señor desamparado? Tú y tus hijos seréis mañana conmigo.

Saúl aterrorizado cayó tendido en tierra sin fuerzas para levantarse, ya por el espanto, ya por no haber comido en todo aquel día: pero habiéndose reanimado un poco, se volvió esa misma noche al campamento lleno de terror.

A la mañana se empeño la batalla; el ejército de Israel fué desbaratado; tres hijos de Saúl cayeron muertos, y él mismo recibió una grave herida.

Temiendo entonces caer vivo en manos de los Filisteos, dijo a su escudero que le matase, y no queriendo éste hacerlo, tomó Saúl su espada, dejándose caer sobre ella y murió.

Así que David supo la muerte de Saúl, se rasgó los vestidos en señal de duelo, llorando sinceramente; y para mostrar otra vez cuánto amaba a su enemigo, hizo morir al que le había herido y prodigó muchos beneficios a la ciudad que le dió sepultura.

37.

Reinado de David.

David escogido por Dios y ungido por Samuel, cuando estaba todavía en casa de su padre, sucedió a Saúl en el trono; tenía treinta años cuando comenzó a reinar.

Su primera empresa fué conquistar Jerusalén; edificó sobre el monte de Sión el palacio real, rodeó de muros la ciudad, haciéndola capital de su reino, y llevó a ella, en medio de manifestaciones de extraordinario júbilo, el Arca de la Alianza.

Con el trascurso del tiempo venció otras ciudades y subyugó otros pueblos; mas después de

tantas victorias, no supo vencerse a sí mismo y cayó en graves faltas, que Dios no le perdonó sinó después que hubo hecho penitencia.

Sobrevinieron en la casa de David tras sus faltas, grandes desgracias, principalmente a causa de su hijo Absalón.

Era Absalón de hermosa presencia, de cabellos rubios y muy largos, y siendo ya fratricida se rebeló contra su mismo padre, haciéndose aclamar rey por una parte del pueblo.

David tuvo que mandar un ejército contra el hijo rebelde, y aunque recomendó a todos que le salvaran la vida, aconteció que huyendo éste de los vencedores, se prendió de los cabellos en las ramas de una encina, de la cual quedó suspendido, y un capitán del rey le quitó la vida.

El pobre padre más que alegría por la victoria

alcanzada, sintió dolor por la muerte de su hijo, y discurriendo por su casa, lloraba exclamando: ¡Hijo mío Absalón! ¡Absalón, hijo, mío ¡Ojalá hubiera yo muerto por ti, Absalón, hijo mío!

38.

Muerte de David.

David finalmente reinaba tranquilo sobre Judá o Israel, y el Señor le hacía prosperar volviéndole siempre más grande y glorioso, cuando un día concibió el ambicioso pensamiento de hacer la enumeracion de todo su pueblo para hacer alarde de su poder. Enojado el Señor por esto, le dió a escoger por medio de un profeta uno de estos tres catigos: el hambre, la guerra o la peste.

David escogió la peste prefiriendo caer en las manos del Señor, más bien que en las manos de los hombres, y la peste vino y asoló a Israel; no hubiera cesado el exterminio, si David con los ruegos, con la penitencia, y con los holocaustos no hubiese aplacado al Señor.

Después de este azote, el rey se ocupó únicamente del bienestar del pueblo, en oficios de piedad,

y hubiera levantado él mismo el templo del Señor, a no habérselo vedado el profeta, por estar manchadas sus manos con la sangre de las batallas.

Por último siendo ya anciano de setenta años, y presintiendo el fin de sus días, eligió a Salomón por sucesor, a quien confió el cuidado de construir el templo de Dios; y habiéndole dado útiles avisos, murió en paz.

David fué un varón según el corazón de Dios; porque en él ponía toda su confianza, y a El refería la gloria del feliz éxito de sus empresas.

Amó la música y compuso cánticos y salmos de extraordinaria belleza. Fué tambien profeta; porque vió y predijo muchas cosas del Mesías, que todas se cumplieron. Pero lo que le hizo glorioso singularmente, fué el haber querido Dios hacerse hombre de su estirpe.

39.

Sabiduría de Salomón.

Salomón, hijo y sucesor de David, recibió de Dios tanta sabiduría e inteligencia, que nadie hubo jamás ni habrá semejante a él, y dió de esto gran prueba desde los primeros años de su reinado.

Vivían juntas dos mujeres y tenía cada una un niño de corta edad.

Una de las mujeres mientras dormía, ahogó al niño que tenía consigo; habiéndose apercibido de su desgracia, cambió furtivamente su niño muerto por el vivo de la compañera que dormía.

Despertando ésta por la mañana, halló el niño muerto a su lado y reconoció que no era el suyo.

Por tanto pidió su hijo a la compañera; pero

ésta se lo negó, porfiando que el niño vivo era el suyo y no el muerto.

Así estuvieron altercando delante de Salomón; el cual habiendo escuchado a las dos, hizo traer una espada y dijo a uno de los suyos: Dividid al niño vivo en dos partes, y dad una mitad a cada una de esas mujeres.

Entonces la verdadera madre del niño conmovida en sus entrañas por el amor de su hijo, se opuso a aquella sentencia exclamando: Señor, no le matéis, dadle más bien a ella. Por el contrario decía la otra: Ni sea mío, ni tuyo, sino que se divida.

Sentenció entonces Salomón: No se parta al niño, dadle vivo a ésta, porque ella es su madre.

Se divulgó por todo Israel la sentencia de Salomón, y todos admiraron la sabiduría que Dios le había dado para juzgar a su pueblo.

40.

Ultimos años de Salomón.

Era grande la riqueza, la sabiduría, y el poder que Dios había dado a Salomón; así es que su nombre se hizo célebre en todas partes, y una infinidad de extranjeros acudían a visitarle y a admirar el templo grandioso que había erigido y dedicado al Señor.

Este magnífico edificio se levantaba sobre el monte *Moria* cerca de Jerusalén, en el mismo lugar en que debía ser sacrificado Isaac.

Se iba a él por dos atrios, en el último de los cuales, llamado el atrio de los sacerdotes, estaba el altar de los holocaustos.

A más del vestíbulo, el templo comprendía otras dos partes, el Santo y el Santuario, llamado el Santo de los Santos. En el Santo, donde podían entrar sólo los sacerdotes, estaba el altar del incienso entre dos candelabros de oro y la mesa de los panes de propiciación. En el Santuario, separado del Santo con una cortina, se guardaba le Arca de la Alianza entre dos

querubines cubiertos de oro que tenían las alas abiertas encima de ella.

Sólo una vez al año entraba en él el Sumo Sacerdote para la espiación solemne.

En el Santo y en el Santuario todo era de oro y piedras preciosas, y las paredes mismas estaban cubiertas de láminas de aquel mismo metal con querubines y palmas entrelazadas.

Mas aunque Salomón hubiese recibido de Dios una sabiduria maravillosa y tanta gloria y riquezas que sobrepujó a todos los reyes de la tierra, sin embargo, no se mantuvo fiel a quien le había hecho tantos beneficios.

Se desposó con la hija del rey de Egipto y con otras mujeres extranjeras, contra la orden del Señor que prohibía a los Israelitas desposarse con extranjeras; por lo que se corrompió su corazón y cayó en la idolatría.

Irritado el Señor, le anunció que en castigo de sus faltas, le sería arrebatada a su hijo la mayor parte del reino que poseía y que pasaría a uno de sus siervos. Lo que se verificó conforme lo dijo el Señor.

41.

División del reino.

Sucedió a Salomón en el reinado, su hijo Roboam, el cual por su conducta imprudente perdió la mayor parte del Estado

Salomón había impuesto al pueblo grandes tributos, y como los súbditos no pudiesen soportar tan pesada carga, pidieron se les disminuyera. Roboam les respondió: «Idos, y dentro de tres días volved por la contestación.»

Llamó entonces a los viejos consejeros del rey su padre, y les consultó sobre lo que debía responder al pueblo, y ellos le aconsejaron que procurara apaciguarlo con dulzura, para mantenerlo fiel.

No agradó a Roboam el consejo de los ancianos, y juntó a los jóvenes de su corte, los que lo exhortaron no sólo a ser inflexible con el pueblo sinó a que lo amenazara con un yugo más pesado todavía para que no volviera a quejarse.

Roboam pues, desechando el sabio parecer de los ancianos, siguió el insensato consejo de los jóvenes y contestó al pueblo con palabras llenas de aspereza, rechazando la súplica con altanería.

El pueblo se amotinó entonces; diez tribus se rebelaron contra Roboam y eligieron por rey a Jeroboam, siervo de Salomón; sólo dos tribus, la de Judá y la de Benjamín, permanecieron fieles.

Así, de uno se formaron dos reinos: el de Israel y el de Judá: de éste último fué capital Jerusalén; del reino de Israel lo fué después Samaría.

42.

Reino de Israel.

Jeroboam primer rey de Israel, para apartar a sus súbditos de la costumbre de ir a Jerusalén a ofrecer los sacrificios en el templo, hizo dos becerros de oro y dijo al pueblo: He aquí tus dioses.

Este hecho fué motivo de gran pecado, y todos los sucesores de Jeroboam fueron malvados; por lo que el reino de Israel no duró largo tiempo.

El Señor mandó muchas veces a sus profetas que los amonestaran y exhortasen a la verdadera religión.

Estos profetas eran hombres a quienes Dios llenaba con su espíritu, comunicándoles las cosas ocultas y tambien las futuras, manifestando por boca de ellos su voluntad; tales fueron, Elías, Eliseo y otros muchos.

Solían éstos segregarse de los demás hombres para llevar una vida pobre y penitente, y se presentaban valerosamente a los reyes, a los pueblos, reprendiéndolos por sus delitos, exhortándolos a que hicieran penitencia y se convirtieran a Dios.

Mas los reyes y el pueblo de Israel no daban oídos a los avisos de los profetas; mas bien los recibían con insultos e intentaban quitarles la vida.

Finalmente, doscientos cincuenta años poco mas o menos, después de la separación del reino, Salmanasar, rey de los Asirios puso sitio a Samaría y así, el reino de Israel destruido por castigo de Dios no se levantó más.

Para poblar aquel país que había quedado desierto, fueron enviados otros pueblos que se llamaron después Samaritanos.

Reyes de Israel.

Años del reino.	
1	Jeroboam, primer rey, hizo la separación.
22	Nadab, continuó en el culto de los becerros de oro.
24	Baasa, impío como sus predecesores, hizo guerra al rey de Judá.
45	Ela, fué muerto con toda su familia por Zamri.
46	Zamri, pereció en el incendio de su palacio al cabo de ocho días de reinado.
46	Amri, malvado como los demás, edificó la ciudad de Samaría.

57 Achab, adoró al Dios Baal, persiguió al profeta Elías, instigado por la impía Jezabel su mujer, y por fin murió en una batalla miserablemente.

78 Ochocias, hijo de Achab y de Jezabel, siguió los malos ejemplos de sus padres.

79 Joram, aunque menos malvado que los demás, obró mal delante del Señor, y fué muerto por Jehú.

91 Jehu, fué valiente en las armas, pero muy cruel; exterminó a toda la familia de Jeroboam y a los sacerdotes de Baal, mas no quitó los becerros de oro.

119 Joachaz, siguió el mal ejemplo de sus predecesores.

135 Joas, reinó felizmente, pero se manchó con la idolatría.

150 Jeroboam II, como el primero, apartó a Israel del Señor. Después de él hubo un interregno de nueve años.

202 Zagaria
202 Sellum
202 Manaham
214 Faceia
214 Facee
244 Osee

Todos estos reyes obraron el mal delante del Señor, el cual en su enojo contra Israel determinó destruirle.

253 Fin del reino de Israel.

43.

Elías Profeta.

Vivía en tiempo de que Achab, fué el más malvado de los reyes de Israel, un gran profeta llamado Elías.

Presentóse un día al rey y le dijo: Vive Dios, que no ha de caer rocío ni lluvia en estos años sin que yo lo dijere.

Y hubo gran sequía y hambre por tres años, en los que ni una gota de agua cayó del cielo. Se secaron las fuentes, y los campos se volvieron áridos; toda la tierra de Israel se hallaba en la mayor desolación por la sed y el hambre que en ella se padecía.

Elías entre tanto se había retirado a la orilla de un torrente, y el Señor le alimentó primero por medio de unos cuervos que cada día le traían pan y carne, después por una pobre y piadosa viuda que le sustentaba con la harina y el aceite que tenía, lo que por un milagro continuo nunca le vino a faltar. A esta mujer le resucitó en recompensa el hijo que se le había muerto.

Al fin del tercer año de esta calamidad, el Señor ordenó a Elías que se presentara al rey, después de lo que enviaría la lluvia. Elías se presentó y le dijo al rey que congregase a todo Israel en el monte Carmelo, y también los 450 profetas del Dios Baal, venerado entonces por los Israelitas.

Cuando estuvieron todos sobre el monte, Elías los provocó a que mostraran con un milagro la divinidad de su ídolo. Se aceptó la apuesta, y los sacerdotes de Baal, habiendo levantado un altar de leña, pusieron sobre él un buey despedazado, y desde la mañana hasta la tarde invocaron en vano a su dios para que mandara fuego del cielo a consumar el sacrificio.

A la tarde Elías erigió también un altar de piedra y leña, y habiendo colocado en él un buey dividido igualmente en trozos, hizo echar sobre el holocausto gran cantidad de agua, hasta llenar la zanja que lo rodeaba.

Entonces invocó al Señor, el cual mandó al instante un fuego milagroso que consumió el holo-

causto, la leña y las piedras y hasta el agua que estaba en la zanja. El pueblo como vió este

prodigio, postróse con el rostro en el suelo y exclamó: ¡El Señor es el verdadero Dios de Israel! Elías hizo prender a todos los profetas de Baal, a quienes quitaron la vida.

Después de esto Elías oró al Señor sobre el mismo monte, y previno a Acab que unciera pronto el carro y apresurara el viaje por que amenazaba una gran lluvia. La cual vino en efecto y tan abundante que la tierra recobró al fertilidad.

44.

El Profeta Eliseo.

Eliseo era discípulo y compañero inseparable de Elías. Hallándose un día juntos a la orilla del Jordán, Elías tomó su manto, plególe y golpeó las aguas del río que se dividieron, y pasaron los dos profetas en seco a la otra orilla. Cuando estuvieron del lado opuesto, dijo Elías a Eliseo: Pide lo que quieras que haga por ti antes que yo te sea quitado. Y respondió Eliseo: Pido que se doble en mí tu espíritu.

Mientras hablaban, he aquí que un carro de fuego con caballos de fuego se paró delante

de ellos, y subió Elías al cielo en un torbellino. Eliseo le seguía con la vista y gritaba lamentando su pérdida; tomó después el manto que se le había caído al profeta subiendo al cielo y con él reiteró el prodigio del Jordán, pasándole a pie enjuto. Por lo que entendieron que el espíritu de Elías se había pasado a Eliseo.

— Tantos fueron los milagros que obró este profeta, que bien pudo decirse se dobló en él el espíritu de su maestro.

Primero purificó las aguas de Jericó, malas hasta entonces, multiplicó después un poco de aceite a beneficio de personas pobres que recurieron a él; otra vez resucitó al hijo único de una mujer que le había prestado muchos servicios; libró de la lepra a Naamán, jefe del ejército de Siria, haciéndole lavar siete veces en el Jordán y rehusó los presentes que le ofrecía en recompensa. Como su siervo los pidiera furtivamente y los aceptase, le hizo pasar la lepra de que había sanado a Naamán.

Un día mientras iba Eliseo a una ciudad, unos muchachos que lo vieron se burlaron de él, y le decían: Sube, calvo, sube, calvo. Eliseo volvién-

dose hacia ellos los maldijo en el nombre del Señor.

Entonces salieron del bosque cercano dos osos, y arrojándose sobre los muchchos despedazaron a cuarenta y dos de ellos; queriendo Dios dar a entender con tan terrible castigo cuánto amaba al profeta, y cuan grave falta cometen los niños que no respetan a los ancianos.

Aun después de muerto quiso Dios glorificar a su siervo, pues habiendo echado un cadáver en el sepulcro del profeta, no bien tocó sus huesos, recobró la vida y levantóse.

45.

El Profeta Jonás.

Era Nínive la capital de Asiria, antes que el asiento del imperio pasara a Babilonia.

Habiéndose manchado la cuidad de Nínive con muchas iniquidades, el Señor mandó a ella el profeta Jonás a predicar la penitencia; mas el profeta temiendo perder la vida, no obedeció; antes, queriendo irse a otra parte, fletó en Joppe un buque, y se fué para Tarso de Cilicia.

El Señor mandó sobre el mar un viento muy recio, y levantó una tempestad tan furiosa que la nave estaba para zozobrar; los marineros estaban consternados y Jonás entre tanto dormía.

Poniéndose el mar cada vez más agitado, Jonás fué despertado; se echaron suertes para conocer quién de ellos podía ser la causa de aquel mal, y la suerte designó al profeta.

Jonás confesó entonces su culpa y dijo que la

tempestad se aplacaría arrojándolo a él solo al agua: así lo hicieron, y el mar calmóse.

No obstante, el Señor salvó milagrosamente a su profeta. Un pez de monstruoso tamaño lo tragó llevándole vivo en su vientre tres días y tres noches sin lastimarlo, hasta que le arrojó sobre la costa sano y salvo. — Jonás entonces, sumiso a la voluntad de Dios, se fué a Nínive y anduvo gritando por las calles de la ciudad todo un día: Dentro de cuarenta días Nínive será destruida.

Nínive prestó oídos a las palabras del profeta; el rey descendió de su trono, vistóse con un saco, se cubrió de ceniza y ordenó a todos un ayuno rigurosísimo. El Señor viendo tanta penitencia depuso su ira y suspendió los castigos con que había amenazado a Nínive.

46.

Tobías en Asiria.

Los Israelitas llevados cautivos a la Asiria por Salmanasar, tuvieron que padecer muchos trabajos. A veces no tenían con que cubrirse; muchos fueron muertos, y sus cadáveres arrojados fuera de la ciudad, pues se había prohibido sepultarlos y ser-

vían de pasto a las aves de rapiña y a otros animales feroces.

En aquel tiempo mostróse en todo su esplendor la gran virtud de Tobías israelita y también cautivo, pero fiel a la ley divina y menos infeliz que los demás porque el Señor le había hecho caer en gracia al rey de Asiria.

Iba recorriendo las poblaciones, visitando a sus hermanos cautivos, confortándolos en el camino de la virtud. Distribuyó sus bienes entre los menesterosos, alimentando a los hambrientos, vistiendo a los desnudos, enterrando a los muertos a riesgo de su propia vida.

Y cuando sabía que estaba insepulto el cadáver de algún Israelita, dejaba aún de comer, e iba a recojerlo en secreto, trasportándole de noche a su casa para darle piadosa sepultura.

Volviendo un día a su casa rendido de cansancio, recostóse junto a una pared y se durmió; mientras dormía, le cayó sobre los ojos algún excremento de golondrina, por lo que quedó ciego.

Dios permitió tal desgracia sobre su siervo para que fuera un verdadero dechado de paciencia digno de imitarse. Tobías soportó la ceguera con tanta resignación, que jamás salió de su boca queja alguna, ni se entibió su celo por la gloria de Dios; fué por el contrario sumiso siempre a su soberana voluntad.

Creyendo un día ya próximo el fin de su vida, llamó a su hijo, también de nombre Tobías, y dióle sabios y afectuosos consejos. Mas Dios que le tenía preparados muchos consuelos, no permitió que muriera su siervo por entonces, queriendo de este modo premiar su virtud.

47.

El hijo de Tobías

El anciano Tobías, caído en la mayor pobreza, envió a su hijo a cobrar una cantidad de dinero que tenía prestado a un hebreo de nombre Gabelo, el cual vivía entonces en una ciudad de la Media llamada Rages. Dióle por guía a un joven de aire afable, modesto y dulce, que se le había ofrecido para acompañarle: ellos no le conocieron, pero era el Arcángel Rafael en forma humana.

Yendo de camino el joven Tobías, bajóse a un río para lavarse, y he aquí que un monstruoso pez se lanzó a devorarle; Tobías huyó espantado, pero el Arcángel le dijo: Agárralo, ábrelo y guarda

el corazón, la hiel y el hígado, porque serán muy útiles medicamentos. Y así lo hizo Tobías.

Llegados a Hecbatana, ciudad de la Media, el Arcángel condujo a Tobías a casa de un pariente suyo que tenía una hija única con muchas riquezas, y como lo quería Dios, hizo que el joven se desposara con aquella virtuosa doncella. El mientras tanto, fuése a Rages para cobrar el dinero a Gabelo.

Cobrado el dinero y celebradas las bodas, el Arcángel y Tobías se apresuraron a volver, acompañados de la esposa que los seguía con sus criados y numerosos camellos.

La madre de Tobías iba cada día a la cima de una colina, desde donde podía verse en lontananza, para ver si venía su hijo; y apercibiéndole, corrió presurosa a su casa a decírselo al pobre padre, y después se vió al perro compañero fiel del joven viajero, dando saltos en señal de alegría.

Entonces el anciano padre se levantó, se hizo llevar al encuentro del hijo amado, y padre, madre e hijo se abrazaron llorando de contento.

Después el joven Tobías, como el Angel se lo había prevenido, tomó la hiel del pez, ungió con ella los ojos de su padre, que recobró a poco la vista, y pudo ver de nuevo al hijo querido, a la esposa, a la agraciada, rica y virtuosa nuera; por lo que todos sintieron un júbilo indecible.

Pensaron entonces en la manera de recompensar al desconocido compañero de Tobías; le rogaron aceptara la mitad de sus bienes; pero éste rehusó toda recompensa y manifestóles cómo él era el Angel Rafael.

Al oir esto, cayeron todos con el rostro en tierra

y adoraron a Dios; dióles el Arcángel el saludo de paz y desapareció.

48.

Reino de Judá

El reino de Judá fué más feliz que el dc Israel, y duró mas de un siglo después de la caída de éste, porque muchos de sus reyes y especialmente Josafat, Ezequías y Josías fueron piadosos y justos y por esto bendecidos por Dios.

Josafat cuarto rey de Judá, derribó todos los ídolos, hizo instruir al pueblo en la ley del verdadero Dios y fué adornado de tanta virtud, que hasta los extranjeros veneraban su nombre.

Ezequías, que vivió muchos años después, valiéndose de los consejos del grande profeta Isaías, gobernó con gran cordura y rectitud a su pueblo. Habiendo caído en una enfermedad mortal alcanzó de Dios la salud y la promesa de quince años más de vida; y cuando en su reinado Jerusalén fué sitiada por los Asirios, confió en el Señor que le libró de un modo prodigioso.

En tiempo de Ezequías cayó el reino de Israel, y después de su muerte, habiéndole sucedido el impío Manasés y en seguida el sacrílego Amón, hubiera caído muy pronto también el reino de Judá, si la bondad del rey Josías no hubiese aplacado por muchos años la cólera del Señor.

Jeremías y Joel profetizaban la ruína de Jerusalén y la esclavitud de Babilonia, exhortando al pueblo y al rey a la penitencia; mas el pueblo los despreciaba y los reyes que vinieron después se mostraron todos a cual más impío.

Por tanto, permitió Dios que Nabucodonosor, rey de Babilonia, viniera a sitiar Jerusalén. Esta ciudad llegó a tal estado de miseria que ya no se hallaba en ella comida de ningún género, y el hambre fué tan grande y cruel que llegó el hombre hasta a comer a sus semejantes.

Al cabo fué tomada en medio de horribles estragos; el templo fué depredado y destruído, la ciudad toda incendiada, y el rey y sus súbditos llevados cautivos a Babilonia.

Reyes de Judá.

Años del reino.	
1	Roboam, hijo de Salomón, fué el primer rey de Judá.
17	Abias, fué bueno en el principio, mas después pecó como Roboam su padre.
20	Asa, hizo guerra a los reyes de Israel y reinó cuarenta y un año.
61	Josafat, fué un rey piísimo y feliz en todas sus empresas.
85	Joram, apenas subió al trono, dió muerte a todos sus hermanos, e imitó en la maldad a los reyes de Israel.
91	Ocozia, siguió el mal ejemplo de su padre y reinó un año solamente.
91	Atalia, madre de Ocozía, mujer impía y cruelísima, usurpó el reino de Judá y lo tuvo siete años.
98	Joas, hijo de Ocozía, comenzó a reinar a la edad de siete años; al principio fué bueno, mas después se pervirtió.
137	Amasia, le sucedió en el reino y en las costumbres.

164 Azaria, fué rey glorioso y lleno de poder; habiendo querido ofrecer él mismo un sacrificio en el templo, Dios le castigó.

216 Joatam, imitó a Azaría en el bien, pero no en la soberbia: por esto le bendijo el Señor.

232 Acaz, fué el más impío de los reyes de Judá.

247 Ezequia, rey muy piadoso, confió en Dios y obró siempre el bien.

276 Manasés, favoreció la idolatría y persiguió a los profetas; por lo que Dios le castigó severamente: pero en los últimos años de su vida se convirtió.

331 Amón, hijo de Manasés, siguió al padre en el mal, no en la penitencia.

333 Josias, fué uno de los mejores reyes de Judá y sirvió siempre a Dios con todo su corazón. Sus sucesores fueron todos malvados.

364 Joacaz, fué llevado esclavo a Egipto, en donde murió.

364 Joakin, fué preso por Nabucodonosor, hecho morir y arrojado en una cloaca.

375 Jeconias, fué así mismo llevado esclavo a Babilonia con toda su familia.

375 Sedecia, sobrevivió a la destrucción de Jerusalén, pero fué cegado y arrastrado a la esclavitud con todo su pueblo.

387 Término del reino de Judá.

49.

Judit.

Antes que cayera el reino de Judá, Holofernes, general de los ejércitos de Asiria, había puesto sitio a la ciudad de Betulia, la cual ya no teniendo

agua en las fuentes cercanas, estaba a punto de rendirse.

Cuando aconteció, que una vuida de nombre Judit, mujer rica, llena de gracias y de santas costumbres, halló modo de libertar a sus conciudadanos de tan grande peligro, y habiendo juntado a los ancianos del pueblo, los rogó la encomendaran al Señor para que bendijera su proyecto.

Después adornada con sus más ricos vestidos a acompañada por una criada, salió una noche de la ciudad y llegó al amanecer al campamento enemigo. Encontrándola los soldados, la condujeron a la tienda de Holofernes, que prendado de su maravillosa hermosura, la recibió favorablemente, y ordenó que se le diera alojamiento en su misma tienda y se la dejara salir del campo y volver a él sin molestarla.

Una tarde Holofernes, ebrio de vino, se durmió

profundamente en su tienda. Judit hallándose sola con él, desenvainó su espada, e invocando el nombre del Señor, asió al Asiri de los cabellos, le cortó la cabeza y envolviéndola con presteza en una cortina del lecho, salió de la tienda, entregó el bulto a la criada, se alejó del campamento enemigo sin que nadie la molestara, y se fué a Betulia.

Por la mañana al salir el sol, los de Betulia hicieron una salida de la ciudad lanzándose de improviso sobre los Asirios, quienes hallando muerto a su general, huyeron consternados, abandonando sus armas y tiendas. Los Isrealitas los persiguieron haciendo gran destrozo y tomando inmensas riquezas en su campamento; vueltos después a Betulia festejaron mucho a la valerosa Judit; dieron gracias a Dios en señal de contento por la victoria alcanzada y celebraron grandes fiestas.

50.

Daniel en Babilonia.

Entre los esclavos conducidos por Nabucodonosor a Babilonia, estaba Daniel, joven de real estirpe, de hermosa presencia y docto en las ciencas; el rey quiso que se quedara en la corte con otros tres compañeros suyos.

Estos jóvenes debían mantenerse de lo mismo que se servía a la mesa del rey; mas Daniel y sus compañeros determinaron no contaminarse con viandas vedadas, y rogaron por esto al prefecto de los Eunucos.

Empero éste contestó: Temo que si el rey mi Señor que os ha señalado ración de comida y

bebida, viere vuestras caras más flacas que las de los otros jóvenes de vuestra edad, me condene a perder la cabeza.

Y Daniel le dijo: Ruégote que hagas la prueba con nosotros por diez días, danos legumbres para comer y agua para beber, y contempla nuestras caras y las caras de los que comen las viandas del rey, y según vieres, harás de nosotros lo que quieras.

Aquél consintió al fin; y después de diez días parecieron sus caras más hermosas y más llenas de carne, que las de todos los jóvenes que comían de las viandas del rey, por lo que siguió dándoles legumbres.

A estos jóvenes dió el Señor saber e inteligencia tan grande que excedían a todos los adivinos y magos que había en el reino de Nabucodonosor, dando singularmente a Daniel la inteligencia de toda visión y sueño que viene de Dios.

Pasados tres años, el prefecto de los Eunucos los presentó al rey, el cual, habiéndolos examinado y admirando su saber, los retuvo consigo en la corte a su servicio.

51.

Sueño de Nabucodonosor.

Nabucodonosor tuvo un sueño que se le borró de la memoria dejando consternado su espíritu.

Ninguno de los adivinos y magos de su imperio supo interpretarlo; mas Daniel, habiendo invocado al Señor, se presentó al rey, e inspirado por Dios, habló así:

Tú, oh rey, has visto cómo una estatua grande

y sublime, que estaba en frente de ti, y su vista era espantosa. Tenía la cabeza de oro muy puro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro, y los pies parte de hierro y parte de arcilla.

Mientras así la contemplabas, una piedra desplomándose del monte sin que mano humana la moviese, vino a herir los pies de la estatua y los desmenuzó; entonces el hierro, la arcilla, el cobre, la plata y el oro fueron reducidos como átomo, que arrebata el viento, y la piedra que había quebrantado la estatua, tornóse en un gran monte, y ocupó toda la tierra.

Este es el sueño; he aquí lo que significa: tú, rey, eres la cabeza de oro, porque el Dios del cielo te ha dado fortaleza, imperio y gloria.

Después de ti, se levantará otro reino menos ilustre, figurado por la plata; enseguida un tercero que será como de cobre, el cual mandará a toda a tierra; por último habrá un cuarto reino que como hierro quebrantará y desmenuzará todas las cosas.

Como viste que los pies de la estatua eran parte de hierro y parte de arcilla, así este reino será dividido y será en parte sólido y en parte frágil. Finalmente, como la piedra que lo redujo todo a polvo, el Dios del cielo levantará un reino que no pasará a otro pueblo, destruirá todos estos reinos y subsistirá para siempre.

Entonces Nabucodonosor cayó sobre su rostro y adoró a Daniel; después le dijo: Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses, el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descubrir este arcano.

Colmó a Daniel de muchos y riquísimos presentes, y lo elevó a grandes honores haciéndolo príncipe de todas las provincias y prefecto de los magistrados sobre todos los sabios de Babilonia.

52.

El horno ardiendo y el foso de los leones.

Nabucodonosor no fué constante en venerar a Dios; por el contrario, se ensoberbeció, de manera que, queriendo que le adorasen como a Dios, se hizo erigir una estatua de oro de sesenta codos de altura y mandó que todos los grandes de su reino vinieran a adorarla.

Todos vinieron en efecto y se postraron ante la estatua; mas los tres compañeros de Daniel, Sidrac, Misac y Abdénago, rehusaron adorarla y resistiéndose a las amenazas del rey fueron

arrojados por su orden en un horno de fuego ardiendo.

La llama del fuego mató a los que los arrojaron dentro, mas los tres jóvenes caminaban ilesos en medio de las llamas, bendiciendo al Señor; pues un Angel, que había bajado con ellos al horno, hizo soplar como un viento fresco y húmedo, por lo que el fuego no los tocaba siquiera, ni les causaba la menor molestia.

Nabucodonosor que los observaba, quedó atónito y levantándose apresuradamente dijo a sus magnates: ¿No mandamos echar al horno tres hombres solamente? ¿Pues cómo veo cuatro adentro? ¿Y como andan en medio del fuego sin padecer daño de ninguna especie? — Después los llamó diciendo: Sidrac, Misac y Abdénago, siervos del Dios excleso, salid y venid.

Salieron al punto los tres. Los magnates de la corte quedaron admirados y el rey glorificó al Dios de Israel.

Un prodigio semejante obró el Señor muchos años después en favor de Daniel, cuando los cortesanos hicieron firmar un decreto al rey Darío prohibiendo por espacio de treinta días toda adoración ajena a la que los Caldeos tributaban á sú Dios.

Daniel no quiso obedecer esta ley impía, y cada día oraba a su Dios como tenía costumbre de hacerlo, lo que habiendo sabido los cortesanos, le denunciaron al rey y éste se vió compelido a pesar suyo, a hacer echar a los leones un varón tan amado, pues no podía quebrantar la ley.

Al cabo de siete días llegó el rey al foso de los leones para llorar a Daniel; mas cuando le

vió tranquilo en medio de los leones, conmovido por tanto prodigio, hízole sacar del foso inmediatamente y echar en él a sus acusadores, que fueron devorados en un instante.

53.

Humillación de Nabucodonosor.

Nabucodonosor tuvo otro sueño que contó a Daniel.

Me parecía ver, dijo el rey, un árbol en medio de la tierra, de extraordinaria altura, grueso y fuerte, alcanzando con su copa el cielo y con sus ramas los confines de la tierra. Tenía hojas muy hermosas y muchos frutos; debajo de él moraban los animales, y en sus ramas se abrigaban las aves, y había de comer para todos.

Mas he aquí que el Velador descendió del cielo y clamó altamente: Cortad el árbol y desgajad

sus ramas, sacudid sus hojas, esparcid sus frutos, echad y espantad las bestias y las aves que están abrigadas en él; empero dejad en la tierra sus raíces y sea él atado y bañado con el rocío del cielo, y con las fieras sea su morada en la yerba del campo. Cámbiese su corazon en el de fiera y así pase el tiempo de siete años.

Este es el sueño que tuve; díme pues su explicacion; todos los sabios de mi reino no pueden interpretarlo, mas tú puedes, porque en ti está el espíritu de los santos dioses.

Daniel, oída la exposición del sueño, quedó pensativo y después dijo que el árbol figuraba al rey, y las palabras del Velador significaban que debía ser echado de entre los hombres yendo a morar con las fieras de los bosques; mas que al cabo de siete años recobraría la razón y el trono.

Y todo se cumplió conforme a la interpretación de Daniel. En efecto, doce meses después paseando Nabucodonosor por su palacio y gloriándose de su poder, perdió de repente la razón, e imaginando que era bruto, salió de la ciudad y erró por los campos comiendo yerbas.

Mas al cabo de siete años volvió en sí, levantó los ojos al cielo, bendijo al Altisímo y recobró el trono que hizo más glorioso que antes.

54.

Convite de Baltasar.

Baltasar, descendiente de Nabucodonosor, dió un gran festín a mil príncipes de su reino, y él y los demás se entregaron sin mesura a una horrible orgía, bebiendo en los vasos de oro y de

plata que habían sido transportados del templo de Jerusalén.

En medio del festín y en la mayor alegría, una mano misteriosa apareció de repente sobre la pared en frente del rey, trazando estas palabras: *Mane, Thécel, Fares.*

A la vista de aquella mano se llenó el rey de sobresalto y mudó de semblante, aterrándose de manera que sus rodillas temblando se chocaban. Llamó a los magos y adivinos, ofreciendo grandes premios al que descifrara aquella escritura.

Se presentaron pues todos los sabios del rey; mas no pudieron ni leer la escritura, ni explicar su significado. Entonces se acordaron de Daniel que en tiempo de Nabucodonosor se había hecho célebre por interpretar sueños, y el rey le hizo llamar.

Daniel se presentó, y habiendo rehusado el premio que le ofrecían, y recordando lo acontecido a Nabucodonosor, reprendió severamente a Baltasar y le dijo: «*Mane*, quiere decir que Dios ha enumerado los días de tu reino y le ha puesto término; *Thécel* indica que has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto; *Fares* significa que tu reino será dividido y dado a los Medas y a los Persas.»

La palabra de Daniel se cumplió muy pronto. En aquella misma noche fué muerto Baltasar, y su reino pasó a manos extranjeras.

55.

Término de la esclavitud.

La esclavitud de Babilonia duró setenta años, como habían predicho los profetas; al cabo de los

cuales, Ciro, rey de los Persas, venció al rey de Babilonia y permitió a los Judíos que volvieran a su patria y reedificaran el templo.

Entonces los jefes de las familias de Judá y de Benjamín, los Sacerdotes y los Levitas y muchos otros con ellos (entre todos como cuarenta y dos mil) salieron llenos de júbilo, llevando consigo muchos dones que habían recibido y los vasos de oro y plata arrebatados al templo de Dios por Nabucodonosor.

Llegados a la tierra de sus padres, se juntaron en Jerusalén, y sobre un altar recién levantado comenzaron a ofrecer holocaustos al Señor. Enseguida emprendieron la reedificación del nuevo templo, del que los Sacerdotes y Levitas empezaron los cimientos al son de música y de cantos de alegría.

Todo el pueblo que asistía a aquella fiesta alzaba al cielo voces de júbilo y de agradecimiento, y muchos de los jefes de las familias y de los ancianos que habían visto el primer templo, lloraban de contento. Las voces, los lloros y los gritos se confudían y se oía el rumor desde lejos.

Los trabajos del templo fueron interrumpidos varias veces, ya por envidia y odio de los pueblos vecinos, ya por orden de los reyes de Persia, a quienes aquellos acudían; mas finalmente con la ayuda de Dios, el templo se terminó, y los Hebreos hicieron la dedicación de él con señales de extraordinaria alegría y con gran solemnidad.

Fueron también levantados después los muros de la ciudad, a pesar de que los enemigos intentaron impedirlo obstinadamente; por lo que una mitad de los ciudadanos se vió precisada a per-

manecer con las armas en la mano para repeler los ataques, mientras la otra mitad atendía los trabajos.

Más tarde, habiéndose repoblado la ciudad y cultivado la campiña del rededor, los Judíos vivieron en paz como tributarios de los reyes de Persia, obedecieron a sus Sacerdotes, se mantuvieron constantes en el culto de Dios y no cayeron en la idolatría, a la que antes se habían mostrado tan propensos.

56.

Ester.

Asuero, rey de Persia, había tomado por esposa a una hermosísima y virtuosa joven hebrea, llamda Ester.

Esta joven había sido cirada por Mardoqueo su tío, el cual, sin embargo de ser pariente de la reina y haber salvado una vez la vida al rey, descubriendo una conspiración contra él, acostumbraba permanecer desconocido a la puerta del palacio real.

Aconteció pues, que Amán, primer ministro del

rey, indignado porque Mardoqueo no se arrodillaba a su presencia como los otros siervos, resolvió darle muerte, y exterminar con él todos los Hebreos que habían quedado después del cautiverio en el reino de Persia.

Dios protegió esta vez a su pueblo visiblemente. Una noche no pudiendo dormir el rey se hizo leer los anales del reino, y dispuso la divina providencia que se leyera la relación de Mardoqueo descubriendo las insidias de los que habían conspirado contra la vida del rey.

Asuero preguntó: ¿Qué recompensa ha recibido Mardoqueo por su fidelidad? Ninguna, le contestaron.

Entonces hizo llamar a Amán y le dijo: ¿Que debe hacerse con un hombre a quien el rey quiere honrar?

Y Amán, creyendo que se trataba de él, respondió: Es preciso ponerle las vestiduras reales, hacerle montar el caballo del rey, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano y le lleve de la brida por la ciudad el primero de los príncipes de la corte, gritando: *Así se honra al que el rey quiere honrar.*

Dijo, pues, el rey: Haz tú con Mardoqueo lo mismo que has dicho y cuidado con omitir la menor circunstancia; y Amán, lleno de rabia y de confusión tuvo que ejecutar con gran pesar suyo las órdenes del rey.

En el mismo día la reina Ester revelóle a Asuero con lágrimas, las terribles insidias que el impío Amán había tendido contra todos los Hebreos que había en Persia, y le rogó quisiera salvarles la vida a ella, a Mardoqueo y a todo su pueblo.

Asuero, conmovido con el llanto de la reina e indignado por la perfidia de Amán, revocó al punto el decreto de muerte dictado contra los Hebreos, hizo colgar a su ministro del mismo patíbulo que había hecho levantar para Mardoqueo, a quien dió los honores y dignidades que antes había concedido a Amán.

57

Persecución de Antíoco

Después de la reedificación del templo y de la ciudad de Jerusalén, restablecida entre Dios y su pueblo la antigua alianza, los Hebreos vivieron desconocidos, pero tranquilos, por más de trescientos años en la observancia de su religión, teniendo por jefe al Sumo Sacerdote.

Cuando Antíoco Epifanes, rey de Siria, proponiéndose exterminar la religión Hebrea, entró con un ejército en Jerusalén, mató a muchos ciudadanos e hizo esclavos a cien mil; profanó el templo del que robó los tesoros, prohibió hacer holocaustos a Dios, mandando adorar a los falsos dioses.

Muchos arrostraron la muerte antes que apartarse en lo mas mínimo de la ley de Dios, y entre otros dió nobilísimo ejemplo de constancia el anciano Eleazar.

Tenía Eleazar como noventa años y era un venerable varón por su ciencia y virtud. Llevado a presencia de Antíoco, quiso éste obligarle por fuerza a comer carne de cerdo; pero él prefiriendo una muerte llena de gloria a una vida oprobiosa, de su propia voluntad se encaminó al suplicio.

En el camino un falso amigo aconsejóle fingiera comer de las carnes vedadas, para sustraerse a la muerte; mas él protestó que no quería con engaños o con un mal ejemplo, manchar su venerable ancianidad, y soportó intrépido el martirio.

El noble ejemplo de Eleazar fué seguido de una madre y sus siete hijos, quienes negándose también a comer de las carnes vedadas, fueron sometidos por orden de Antíoco a los más crueles suplicios.

Al primero, el cual declaró que estaban dispuestos a morir antes que violar la ley de Dios, le arrancaron la piel de la cabeza; después cortáronle las extremidades de las manos y de los pies, y finalmente fué arrojado vivo en una caldera que contenía un líquido hirviendo.

Enseguida fueron muertos uno tras otro los demás hermanos, y por último la madre, que

había asistido intrépida al suplicio de todos sus hijos.

Dios no dejó impune la crueldad de Antíoco. Algunos años después fué atacado de una enfermedad asquerosísima, y murió desesperado en medio de los tormentos más atroces, acordándose entonces de los males que había hecho a Jerusalén y a todos los habitantes de la Judea.

58.

Judas Macabeo.

Para defender a los Hebreos perseguidos por el impío Antíoco, el Señor eligió en la familia del Sacerdote Matatías a cinco hermanos llamados Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonatás; Judas, llamado Macabeo, fué más que sus hermanos terrible en las armas y feliz en todas sus empresas.

Prosiguió valerosamente la guerra comenzada por su padre, y mediante el auxilio divino que había invocado, con un pequeño ejército empeñó muchas y grandes batallas, asaltó fortalezas, proveyó de presidios las ciudades y pudo arrojar a Antíoco y a sus capitanes del país de Judá.

Entró después en la ciudad de Jerusalén, y habiendo subido al monte de Sión, vió el lugar santo desolado y desierto, el altar profanado, las puertas quemadas y los patios llenos de espinas y de yerbas; por lo que lleno de dolor, ordenó que todo fuese purificado inmediatamente; y erigido un nuevo altar con gran concurso de gente, entre himnos y cánticos renovóse el culto de Dios entre los Hebreos.

Después de esta segunda dedicación del templo,

los capitanes y sucesores de Antíoco tomaron otra vez las armas contra los Hebreos; más Judas rechazó siempre con valor los ataques y postró a sus enemigos con muchas y grandes victorias.

El Señor para mostrar visiblemente cuánto le protegía, hizo preceder a su ejército por un caballero desconocido que con blancas vestiduras y armas de oro vibraba una lanza.

Otra vez cinco varones sobre caballos con freno de oro, bajaron a vista de los enemigos, desde el cielo a la tirera, en el furor del combate; se pusieron por jefes de los Judíos arrojando dardos y rayos, y rodeando a Macabeo le cubrían con sus armaduras y le guardaron ileso.

Entre aquellas batallas hubo una señalada por el valor y muerte de un hermano de Judas, Eleazar,

el cual habiendo visto un elefante con real armadura y pensando que lo cabalgaría el rey, adelantóse intrépidamente abriéndose paso con la espada por entre los enemigos, y llegando debajo del elefante lo mató con repetidos golpes; mas cayéndole encima aquel peso enorme, quedó aplastado.

Pocos años después murió Judas en una batalla, peleando por la patria, por el templo y por la ley de Dios. Su muerte fué tan gloriosa, como había sido su vida fecunda en empresas grandes y en piedad.

El pueblo entero lloró con amargas lágrimas la pérdida de su caudillo.

59.

Ultimos acontecimientos de los Hebreos.

Perdido Judas Macabeo y hallándose los suyos en gran tribulación, se fueron a Jonatás y le dijeron: Ya que tu hermano ha muerto, te hemos elegido a ti en su lugar por nuestro príncipe y caudillo.

Jonatás aceptó el mando que le ofrecían y mantuvo el honor de su familia combatiendo siempre valerosamente y gobernando al pueblo con mucha cordura, hasta que creyendo incautamente en las falaces promesas de amistad de un capitán de Siria, abocóse con él en una ciudad, en donde fué muerto bárbaramente con dos hijos suyos.

Entonces eligióse jefe del pueblo y sumo Sacerdote a Simeón, el único que sobrevivía de los hijos de Matatías. Este despertó en los Judíos su antiguo valor, y animándoles con la fe en el Señor les libertó del yugo de sus enemigos. Mas

al cabo de muchos años empleados en asegurar y hacer gloriosa a su nación, siendo ya de edad muy avanzada, fué muerto también alevosamente.

A Simeón sucedió en el principado y en el sacerdocio su hijo Juan Hircano, el cual como sus antecesores, gobernó sábiamente, y tuvo un reinado glorioso y feliz, tanto por sus bellas acciones y empresas como por su singularísima virtud.

A Juan sucedieron sus hijos Aristóbulo y Alejandro Janneo, que quisieron el título de rey. Enseguida tomó las riendas del gobierno la mujer de Alejandro, en la menor edad de sus hijos, los cuales estando en continua discordia, fueron causa de que los Romanos entonces muy poderosos, se entrometieran en las cosas de la Judea.

Primero la Judea fué hecha tributaria de Roma; después, como no cesara la discordia de los dos hermanos, fué impuesto a los Hebreos por orden del senado Romano un rey extranjero, llamado Herodes, bajo cuyo reinado nació Jesu-Cristo.

Y así cayó, para no volverse jamás a levantar, el dominio de la estirpe de Judá.

6o.

Expectación del Mesías.

Se acercaba la época en que debía nacer el Salvador del mundo, cuya venida aguardaban con ansia gran parte de los Hebreos, pues en las escrituras antiguas estaban indicadas con claridad, no solamente las circunstancias de su nacimiento, de su vida y de su muerte, sino el tiempo en que vendría al mundo.

Dios había prometido a Adán, la madre del Salvador, en la mujer que debía aplastar la cabeza de la serpiente: a Abraham, a Isaac y a Jacob, que en sus estirpes serían bendecidas todas las generaciones de la tierra. Lo que significaba, cómo debía nacer el Mesías de uno de sus descendientes. En los siglos posteriores fué predicho por Isaías y por otros profetas, que el Mesías debía nacer de una Virgen de la familia de David, en Belén ciudad de Judea, tener un precursor, que sería profeta y obraría grandes prodigios.

Que había de entrar en Jerusalén sobre un jumento, que había de ser traicionado y vendido por treinta monedas de plata, calumniado por falsos testigos, desamparado, herido, desgarradas sus carnes hasta los huesos, abrevado con hiel, traspasados sus pies y manos, y cual inocente cordero, muerto por los pecados de los hombres; que sin embargo rogaría por ellos, y que después de su muerte saldría del sepulcro con su cuerpo intacto y glorioso.

Con respecto al tiempo en que el Mesías debía nacer, se conocía universalmente la profecía de Jacob, el cual, bendiciendo a sus hijos, predijo a Judá que no saldría de su casa la potestad del mando, hasta que no llegase el Esperado de las gentes. Y el cetro había salido de la casa de Judá, cuando Herodes fué hecho rey de los Judíos.

Daniel había profetizado que, desde el decreto de la reedificación de Jerusalén y del templo, hasta Jesu-Cristo, pasarían 70 semanas de años, y este transcurso de tiempo ya se había cumplido desde la salida del cautiverio hasta la época en que Herodes mandaba en la Judea.

Finalmente, habíase predicho que el Mesías debía nacer en tiempos de paz y bajo una monarquía que hubiera vencido y sojuzgado todos los reinos de la tierra; a la sazón reinaba Herodes en Judea por voluntad de los Romanos, quienes habían sometido a su imperio a casi todos los pueblos conocidos por entonces, y bajo *César Augusto*, primer emperador de Roma.

Todo el mundo vivía en paz profunda. En la plenitud de aquella paz nació el SALVADOR del mundo.

Nuevo Testamento.

61.

Anunciación de María.

Después de más de cuatro mil años de la creación del primer hombre, fué enviado por Dios el Arcángel Gabriel a una virgen de Nazaret, de nombre María.

María era de la familia de David, muy pobre de bienes, pero grande y rica por la inocencia y bondad de su corazón; era la virgen más pura y más santa que viviera jamás sobre la tierra.

Entrando el Angel le dijo: Dios te salve, María llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.

María a salutación tan extraordinaria, se turbó; mas el Angel prosiguió diciendo: No temas, porque hallaste gracia delante de Dios; tú concebirás

por virtud del Espíritu Santo, y tendrás un hijo a quien llamarás Jesus.

María respondió: He aquí la esclava del Señor, cúmplase en mí según tu palabra. Y el Angel se alejó.

Entonces María se fué a la ciudad de Hebrón para visitar a su prima Isabel, que debía ser madre de San Juan Bautista.

Apenas Isabel vió a la Virgen y oyó su palabra, sintió conmovérsele las entrañas, y llena del Espíritu Santo corrió a su encuentro, bendiciéndola y exclamando: ¿De dónde a mí tanta gracia, que la madre de mi Señor venga a mí?

María glorificó a Dios por las cosas grandes que había obrado en ella, y por las que la llamarían bienaventurada todas las generaciones, y se detuvo con Isabel cerca de tres meses.

62

Nacimiento de Jesús.

Habiendo salido un edicto de César Augusto para que se empadronaran todos los súbditos del imperio Romano, fueron todos a inscribirse a la ciudad de su orígen. Y como María y San José su esposo descendían del rey David, el cual era nativo de Belén, se fueron allí para inscribirse.

Empero, como no hallasen en donde alojarse por estar las casas llenas de huéspedes, que por la misma causa habían ido a Belén, tuvieron que retirarse a un establo. Allí nació Jesús el Salvador del mundo, y María le reclinó en un pesebre.

En aquella misma noche unos pastores que vigilaban sus rebaños, vieron una luz extraordinaria y deslumbradora. Era un Angel del Señor que

les anunciaba el nacimiento del Salvador en Belén; de repente vieron con el Angel una multitud de otros Angeles, que cantaban diciendo: Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Los pastores corrieron apresurados a Belén, y encontraron a María, José y al Niño que estaba reclinado en un pesebre; y postrándose le adoraron.

63.

Adoración de los Magos.

Poco tiempo después de nacido Jesús, llegaron tres Magos del Oriente para adorarle.

Eran tres grandes filósofos entregados especialmente al estudio de la astronomía, que habiendo tenido aviso del nacimiento del Mesías, por la

aparación de una nueva estrella, habían ido a Jerusalén.

Llegados a la ciudad, el rey Herodes los llamó y con falsas palabras les dijo: Id y buscad a ese niño; y cuando la hayáis encontrado, me lo haréis saber para que yo también vaya a adorarle.

Partieron ellos entonces de Jerusalén, y he aquí, que la estrella que habían visto en el Oriente, iba delante hasta que llegando al lugar donde estaba el Niño se paró y llenó sus corazones de una gran alegría. Entrando en la casa, encontraron al Niño con María su Madre, y postrándose le adoraron: y abiertos sus tesoros, le ofrecieron por dones, oro, incienso y mirra.

Habiendo sido avisados en sueños de no ir a ver a Herodes, se volvieron a su país por otro camino.

64.

Huida a Egipto.

Viendo Herodes que los Magos no volvían, se llenó de furor, y mandó degollar a todos los niños de Belén y de sus cercanías, menores de dos años, esperando con esta determinación quitar la vida a Jesús.

Más un Angel apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al Niño y a su Madre, huye a

Egipto, y estáte allí hasta que yo te lo diga, porque Herodes ha de buscar al Niño para hacerle morir.

Era Egipto un país vecino al de los Hebreos, sujeto a otro rey, y la santa Familia se retiró a él hasta la muerte del cruel Herodes

Entonces el Angel se le apareció de nuevo a José ordenándole volver, y la santa Familia volvió a la tierra de Israel fijándose en Nazaret, pequeña ciudad distante cerca de cincuenta millas de Jerusalén.

Allí San José sustentaba con su trabajo a Jesús y a María, ejerciendo el humilde oficio de carpintero, y mereció ser llamado padre y custodio de Jesu-Christo, porque tenía con él aquel cuidado que un padre tiene para con su hijo.

Jesús era sumiso y muy obediente a San José y a María, y era la delicia de cuantos le conocían.

65.

Jesús disputando entre los doctores de la ley.

Jesús tenía doce años, cuando San José y María, según la costumbre, lo llevaron a Jerusalén a las fiestas de Pascua.

Pasados los días de la solemnidad, se volvieron en compañía de otros; mas Jesús se quedó en Jerusalén sin que ellos le echaran de ver. Empero, advirtiendo después que faltaba, le fueron a buscar entre los parientes y conocidos creyendo que estaría con ellos, mas no le encontraron.

Volvieron entonces con presteza a Jerusalén y habiéndolo buscado con grande ansia y cuidado, al cabo de tres días le hallaron en el templo,

sentado en medio de los *doctores*, escuchándoles y preguntándoles, y todos los que le oían quedaban atónitos por su sabiduría.

Al verle quedaron maravillados, y María se dolió tiernamente con él de su ausencia y de haberlos dejado por tres días sumergidos en un mar de inquietudes. Respondióles Jesús: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas que tocan a mi Padre?

Y volviendo Jesús a Nazaret con su padres, estaba sujeto a ellos, y crecía en sabiduría, en edad y en gracia, para con Dios y para con los hombres.

66.

Bautismo de Jesús.

Cuando Jesús hubo llegado a la edad de treinta años, dejó a Nazaret y se fué a las riberas del

Jordán en donde estaba S. Juan Bautista, el hijo de Isabel.

San Juan desde niño habíase retirado al desierto; llevaba un vestido de camello, una faja de piel a la cintura y comía langostas y miel silvestre.

Anunciaba a las gentes que muy pronto vendría otro más grande y poderoso que él, y que era menester prepararse para recibirle haciendo penitencia.

A los que creían en su palabra y hacían penitencia, bautizábalos en las aguas del Jordán, que es el río principal de la Palestina.

Jesús quiso también recibir el bautismo; mas Juan, a quien Dios había revelado ser aquél el Salvador prometido, se negaba humildemente a bautizarlo; pero como Jesús insistiera, Juan hubo de consentir y bautizóle.

Al salir Jesús de las aguas del Jordán, el cielo se abrió de repente, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y se oyó esta voz del cielo: Este es mi hijo amado, en que me he complacido; escuchadle.

67.

Jesús en el desierto.

Así que Jesús fué bautizado, el Espíritu mismo que había bajado sobre él, le llevo al desierto para que fuera tentado por el demonío y venciera las tentaciones con la oración y con el ayuno para darnos ejemplo.

Jesús ayunó cuarenta días y cuarenta noches. Finalmente tuvo hambre. Entonces se le presentó el demonio en forma humana y le dijo: Si tú eres el hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes. Y Jesús respondió: Está escrito: No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Satanás entonces le llevó a Jerusalén, le puso sobre la cima del templo y le dijo: Si tú eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, y los Angeles, como está escrito, te llevarán en sus brazos. Jesús contestó: Está también escrito: No tentarás al Señor tu Dios.

De nuevo le llevó el demonio sobre un monte altísimo, y le mostró todos los reinos de la tierra y su magnificencia, diciendo: Cuanto tú ves es mío: todo esto te daré si postrado me adoras.

Por lo que contestó con enojo Jesús: Véte, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás.

Al punto el demonio dejó a Jesús, y los Angeles se acercaron a él y le sirvieron.

Entonces comenzó el Salvador a predicar el Evangelio, que quiere decir Buena nueva, porque anunciaba a los hombres su redención y el reino de los cielos, y luego fué seguido de gran muchedumbre de gente, que corría a ver sus obras maravillosas y a escuchar la enseñanza de su doctrina celestial.

No solamente le seguían los Judíos, sinó aún los Samaritanos, que profesaban diferente religión, y los Gentiles que no conocían al verdadero Dios; y así esparció su fama por todos los pueblos.

68.

Vocación de los Apóstoles.

Entre los numerosos discípulos que le seguían, Jesús eligió a doce, los que debían ir siempre con él y estar prontos a partir para donde los enviara a predicar su doctrina. Por esto dióles el nombre de Apóstoles.

Fueron estos: Simón Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el menor, Tadeo, Simón, y Judas Iscariote. Este último fué después traidor.

Algunos de ellos seguían a Jesús llamados por él de un modo especial.

Simón Pedro, Andrés, Santiago y Juan eran pescadores. Jesús los había visto pescando un día a la orilla del lago de Genezaret, y les diio: Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.

Y ellos al punto dieron de mano a las redes y a todo lo concerniente a su oficio y le siguieron.

Mateo cobraba los impuestos públicos. Viéndole un día Jesús sentado en el banco, le llamó a sí, y él, abandonándolo todo, se fué en pos del Salvador.

Estos y los demás Apóstoles, que todo lo habían dejado por seguirlo, estaban siempre con él. Jesús les explicaba en particular más extensa y claramente lo que enseñaba al pueblo y ellos después iban bautizando a los que creían en la doctrina de Jesús y se convertían.

Al cabo de algún tiempo preguntando el Señor a sus discípulos qué pensaban acerca de él, Pedro en nombre de todos le respondió: Tú eres Cristo, el hijo de Dios. Y díjole luego Jesús: Y yo te digo que eres Pedro, y sobre esta piedra levantaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, a ti daré las llaves de los cielos.

Con estas palabras San Pedro quedo constituido

jefe de los Apóstoles y supremo pastor de toda la Iglesia.

69.

La Samaritana.

Jesús pasaba un día por el país de los Samaritanos en donde estaba el pozo de Jacob, y hallándose muy cansado por el camino, se sentó junto al pozo, mientras iban los discípulos a la ciudad a comprar de comer.

Estando allí, llegó una mujer Samaritana para sacar agua, a la cual dijo Jesús: Dame de beber. Mas respondió la mujer: ¿Cómo, siendo tú Judío, pides de beber a mí que soy Samaritana?

Y Jesús le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, tu le hubieras pedido a él, y él te habría dado agua de vida eterna. — Dame pues, dijo admirada la mujer, dame de esa agua, para que no vuelva jamás a tener sed.

Entonces Jesús estuvo hablando con ella largo rato instruyéndola y declarándole los secretos

mismos que tenía guardados en lo más recóndito de su corazón.

Por donde conoció la mujer que debía ser algún profeta extraordinario, y como manifestara la creencia en el Mesias que había de venir: Yo soy, dijo Jesús, yo que te hablo soy el Mesías.

Llegaron a la sazón los discípulos y la Samarítana dejando su cántaro, se fué corriendo a la ciudad, diciendo: Venid a ver a un hombre, que supo declarar todo lo que he hecho; ¿No será acaso el Mesías?

Por lo que se llegaron a él muchos de la ciudad, y le rogaron fuera con ellos a Samaría. Jesús fué y se quedó allí dos días enseñando al pueblo, del que gran parte creyó en él, conociendo en sus palabras y obras, como era verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo.

70.

Milagros de Jesús.

Jesús hacía muchos y grandes milagros para mostrar a los hombres que era enviado por Dios y que hablaba en su nombre.

El primer milagro que obró fué en Caná de Galilea. Jesús había sido convidado a una fiesta de bodas, y llegó a faltar vino en el convite; mandó entonces que llenaran de agua unas ánforas y sirvieran de ellas; lo que habiéndose hecho, hallaron el agua cambiada en vino.

Hizo enseguida otros milagros, no por ostentación, ni para atemorizar al pueblo, sinó en beneficio de los hombres, donándoles lo que más estimaban, la salud y la vida.

Sanó instantáneamente en varias ocasiones una multitud de personas aquejadas de toda especie de enfermedades, a veces con una sola palabra, y sin verlas ni allegárseles, y alguna vez bastó que tocasen sólo sus vestidos para recobrar la salud.

Por donde quiera que iba le traían enfermos y los ponían por las calles o en las plazas en que debía pasar. Las casas en que se hospedaba eran luego rodeadas de inmensa multitud y esta le seguía a todas partes, hasta a los desiertos a donde a veces se retiraba.

Restituyó la vista a muchos ciegos y entre estos a uno de nacimiento poniéndole sobre los ojos un poco de saliva; hizo hablar a los mudos y oir a los sordos, curó a los cojos, libró de los espíritus

a los endemoniados, y devolvió la vida a los muertos.

Todas estas cosas, que Dios sólo puede obrar, las hacía Jesús para demonstrar que él era Dios.

71.

La piscina probática y la ciudad de Naim.

En Jerusalén había un estanque llamado la piscina probática, junto a la cual se levantaban pórticos en donde iban una multitud de infelices atacados de todo género de enfermedades.

En cierto tiempo bajaba el ángel del Señor a mover el agua, y entonces el primero que bajaba a la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad.

Había entre aquellos enfermos un hombre paralítico desde treinta y ocho años, y Jesús habiéndolo visto le dijo. ¿Quieres ser sano? — Respondióle: Señor, yo no tengo hombre que me eche a la piscina cuando el agua está agitada, y así otro baja antes que yo.

Díjole pues Jesús: Alzate, toma tu lecho y camina. Y en aquel instante el enfermo quedó sano y se puso a caminar llevando la cama consigo.

Otra día Jesús iba a una ciudad llamada Naim

y cuando ya estaba para entrar en ella se encontró con el acompañamiento de un difunto que llevaban a enterrar.

Era este un joven hijo único de una viuda, la cual le seguía llorando amargamente, y acompañábanla gran número de personas de la ciudad.

Habiéndola visto Jesús, movióse a compasión de su triste suerte y le dijo: No llores; y adelantándose tocó el ataúd haciendo parar a los que

lo llevaban; y alzando la voz exclamó: Joven, levántate, yo te lo digo. A esa voz, el que había muerto se levantó y empezó a hablar. Jesús le entregó a su madre, dejando pasmados a todos los circunstantes, quienes movidos de un santo temor, glorificaron a Dios diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros; verdaderamente el Señor ha visitado a su pueblo.

72.

La pecadora penitente.

Vivía en la misma ciudad de Naim una mujer de mala conducta, la cual así que tuvo conocimiento del Salvador, quedó llena de veneración y amor hacia él y de dolor y de amargura por las faltas cometidas.

Como supiese que Jesu-Cristo estaba en la mesa en casa del fariseo Simón, entró también ella en la sala del convite, llevando un vaso de alabastro lleno de un precioso ungüento; y no osando presentársele fuése por detrás y postróse a sus pies.

Sin proferir palabra, y penetrada del más vivo dolor, prorumpió en llanto y con sus lágrimas bañaba los pies de Jesús, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungía con el ungüento.

Viendo esto el fariseo que le había convidado, decía dentro de sí mismo: Si este fuera profeta, ciertamente sabría quién, y cual es la mujer que le toca, porque es pecadora.

Mas Jesús, penetrando los pensamientos del fariseo, le dijo: Un acreedor tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta; no teniendo ellos con que pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amaba más? Respondió el fariseo: Pienso que aquél a quien más perdonó.

Has juzgado rectamente, dijo el Señor a Simón, y vuelto a la mujer, prosiguió diciendo; ¿Ves a esta mujer? Yo he entrado en tu casa, y no me has dado agua para mis pies, y ésta los ha bañado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos; tú no me has dado el beso, y esta desde que vino no ha cesado de besar mis pies; no me has ungido la cabeza con óleo, y ésta ha ungido mis pies con ungüento.

Por lo que te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho; a quien menos ama menos se le perdona. Dijo después a la mujer: Te son perdonados tus pecados: tu fe te ha salvado; véte en paz.

73.

Muerte de San Juan Bautista.

Reinaba a la sazón en Galilea el rey Herodes, hijo de aquel mismo que muchos años antes había intentado matar al Niño Jesús. Este rey habiéndo arrebatado a su propio hermano a Herodías su mujer, se había desposado con ella con grande escándalo de todo el pueblo.

Juan Bautista presentóse valerosamente al rey, reprendiéndole severamente por su error. Por lo que Herodías llena de furor contra el Santo le puso asechanzas para hacerle morir; mas Herodes temiendo alguna sedición del pueblo que veneraba a Juan, se contentó con hacerlo encarcelar.

Festejando el día del nacimiento del rey, la hija de Herodías entró en la sala del convite, y habiendo danzado con aplauso de todos y dado con ello gusto a Herodes especialmente, este en su loca alegría prometió darle todo cuanto pidiera, y con juramento se empeñó diciendo: Pídeme lo que quieras, que yo te lo daré aunque fuera la mitad de mi reino.

La niña salió para saber de su madre lo que había de pedir, y le dijo ésta: Pide la cabeza de Juan Bautista. — Ella volvió luego a la sala y dijo al rey: Quiero, que me dés al punto en un plato la cabeza de Juan Bautista.

Herodes que quería mucho a San Juan se entristeció por el juramento que había hecho a la presencia de los convidados, pero no quiso retirar su palabra, y envió al verdugo a cortar la cabeza de Juan Bautista.

El verdugo después de degollar al santo, trajo en un plato la cabeza, la dió a la joven y ésta a su madre. Así terminó sus días pasados en la penitencia y en la práctica de todas las virtudes el glorioso precursor del Salvador del mundo.

74.

La tempestad calmada y la multiplicación de los panes.

Habiendo subido Jesús a una barca con sus discípulos para atravesar el pequeño mar de Gene-

zaret, durmióse durante la travesía. Y he aquí que mientras él dormía, se levantó una gran tempes-

tad en el mar y las olas eran tan grandes y furiosas que la barca estaba para zozobrar; por lo que los discípulos, llenos de temor, le despertaron diciendo: ¡Sálvanos, Señor, que nos perdemos! Jesús se levantó y habiendo mandado a los vientos y a las olas que se calmasen, cesó el viento y siguió la bonanza.

Habiéndose ido el Salvador a un desierto, le siguió una turba de gente que había acudido a él de todas partes.

Jesús tuvo compasión de ellos, y como fuese ya tarde y no hubiera de qué sustentarse estando muy lejos para ir a sus casas, quiso socorrerlos con un milagro.

Dijo pues a uno de sus discípulos: ¿Cuántos panes tenéis? Viene aquí un niño, contestó el

discípulo, con cinco panes y dos peces: mas ¿qué es esto para tantos? Traédmelos, dijo Jesús, y siéntese todo el pueblo al rededor sobre la yerba.

Tomó entonces el Salvador los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, los bendijo, y los dió a los apóstoles para que los distribuyeran.

Estaban presentes de cuatro a cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños, y no por eso dejaron de comer todos y sobraron todavía cinco canastos.

Maravilladas las turbas de tan grande prodigio, querían por fuerza hacer rey a Jesús; mas él desapareció de entre ellas y retiróse a un monte cercano.

75.

La Transfiguración.

Un día Jesús con sólo tres apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, fuése a un alto monte para orar, y mientras oraba, su rostro volvióse luminoso como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve.

Pedro y los otros dos estaban durmiendo, y al despertarse, vieron a Jesús radiante de luz y a dos varones venerables que hablaban con él. Eran Moisés y Elías.

Pero viendo que Moisés y Elías estaban para irse, fuera de sí por la admiración y el júbilo; dijo Pedro a Jesús: Señor, es bueno que nos estemos aquí: si quieres, haremos tres tabernáculos, uno para ti, uno para Moisés y otro para Elías.

Y he aquí que mientras hablaba, una nube resplandeciente los cubrió y salió de ella una voz

que decía: Este es mi Hijo amado en el cual me he complacido: escuchadle.

Oído esto, los Apóstoles cayeron al suelo y tuvieron gran temor; mas Jesús se acercó y los tocó diciéndoles: alzaos, no temáis. Y levantando ellos sus ojos, y mirando al rededor no vieron a nadie sino solamente a Jesús.

Bajando ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Y como los discípulos no entendieran bien estas últimas palabras, el Salvador se las fué explicando repetidas veces, diciéndoles que el Hijo del hombre debía ser entregado en manos de los pecadores, que éstos le matarían, pero que él resucitaría al tercer día.

Con todo, la divina palabra quedó en ellos todavía muy oscura hasta que no la vieron cumplida.

76.

Resurrección de Lázaro.

Vivían en la pequeña ciudad de Betania dos hermanas, de nombre Marta y María, con un hermano llamado Lázaro, y Jesús que se había hospedado varias veces en su casa, le tenía a esta familia un cariño particular.

Hallándose Jesús un día muy lejos de aquella ciudad, dijo a sus discípulos: Vamos a Betania, porque nuestro amigo Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis.

Llegado cerca de Betania, le salieron al encuentro, la una después de la otra, las dos hermanas de Lázaro, y con los ojos arrasados en lágrimas, postráronse a sus pies, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto nuestro hermano.

Al oir Jesús aquellas palabras y viendo el llanto de las hermanas y de los amigos de Lázaro, se conmovió y preguntó: ¿Dónde le habéis puesto? Contestaron ellos: Señor, ven y ve... Fué Jesús con ellos al lugar de la sepultura, mostráronle el sepulcro, y a tal vista se le asomaron a Jesús las lágrimas a los ojos; por lo que dijeron los Judíos: ¡Ved como le amaba!

Llegados al sepulcro el Salvador mandó levantar la piedra que cerraba la entrada. Pero díjole Marta hermana del difunto: Señor, ya apesta, por-

que es de cuatro días. Respondióle Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron pues la piedra, y Jesús alzados los ojos al cielo, dando gracias a su eterno Padre de que le hubiese escuchado, dijo: Lázaro, sal afuera.

E inmediatamente Lázaro, ligados con las vendas los pies y las manos, y cubierto el rostro con un sudario, salió fuera, y Jesús dijo: Desatadle, y dejadle ir. Y así Lázaro recobró la vida, y muchos de los que habían visto el milagro creyeron en Christo.

77.

Humildad y dulzura de Jesús.

Mientras Jesús hacía tantos y tan estupendos milagros, daba también ejemplos de todas las virtudes.

Era humilde de corazón y llamábase a sí mismo el hijo del hombre, como lo era en apariencia; y añadía: Yo he venido para servir y no para ser servido.

A menudo ocultaba sus milagros y prohibía a los enfermos revelar los beneficios que les prodigaba. Hacía callar a los demonios mismos, cuando arrojados del cuerpo de los poseídos, le confesaban por el hijo de Dios.

Retiróse al desierto cuando después de la multiplicación de los panes querían hacerlo rey; pues no buscaba su gloria, sino la del Padre que le había enviado.

Era dulce y bondadoso, no menospreciaba a nadie, antes bien buscaba a los pobres y miserables para hablarles y consolarlos; no altercaba nunca, ni levantaba la voz, ni se negaba a los que lo solicitaban.

Tenía un corazón compasivo. Lloró la muerte de Lázaro su amigo a quien resucitó, y lloró otra vez a Jerusalén por las calamidades que le debían sobrevenir ¡tánto amaba a su patria aunque se le mostrara tan ingrata!

Amaba singularmente a los niños, y lo dió a conocer cuando un día muchas madres le presentaron a sus hijos para que los bendijera.

Los discípulos reprendiéndolas querían apartarlas; más Jesús les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de Dios.

En verdad os digo que si no os hiciéreis semejantes a estos niños no entraréis en él. Y abrazándolos cariñosamente los iba bendiciendo.

78.

Paciencia y otras virtudes del Salvador.

Admirable verdaderamente, fué la paciencia del Salvador en sufrir los defectos de sus discípulos, hombres groseros e ignorantes, y los gritos importunos de los enfermos y demás que le rodeaban continuamente.

Pasó su vida en suma pobreza, no teniendo ni casa en que abrigarse, ni lugar en donde reclinar la cabeza, y vivía de lo que espontáneamante le ofrecían los que él instruía.

Soportaba con inalterable constancia todas las incomodidades de la pobreza; el hambre, la sed, el cansancio; viajaba a pie y bajo un sol ardiente.

Perseguido en una ciudad, se retiraba a otra sin enojo, sobrellevando con ánimo tranquilo ya la poca fe de sus secuaces mismos, ya los insultos de las turbas, ya las insidias de sus enemigos.

Dos veces solamente pareció enojarse; cuando habiendo ido al templo halló que vendían en él y compraban públicamente, y fué entonces cuando inflamado de zelo por la casa de Dios, y armado de un azote, derribó los bancos al suelo con las mercaderías, y echó fuera a los mercaderes.

Jesús acogía con dulzura a los pecadores que querían convertirse, y no rehusaba comer con ellos; mas reprendía fuertemente a los obstinados especialmente a los hipócritas, a los Escribas y Fariseos, a quienes reconvenía públicamente por todos sus vicios.

Mas en tanto que reprendía sus acciones, no dejaba de ensalzar su ministerio y recomendaba al pueblo escucharlos porque enseñaban legítimamente; pagaba como los demás sus tributos y cumplía todas las prescripciones de la religión judáica.

79.

Doctrina de Jesucristo.

Jesús, como su precursor San Juan Bautista, no tuvo morada fija, pero iba de continuo de uno a otro lugar por todo el país de la Palestina para participar a todos su doctrina celestial.

Enseñaba en las ciudades y en las aldeas, en las sinagogas y en los campos, rodeado a veces por muchos miles de personas, y empleaba todo el día en instruirlas cuando no la noche misma, olvidando hasta la comida y el descanso.

Jamás dejaba de asistir a las grandes solemnidades que tenían lugar en Jerusalén y se quedaba allí muchos días, enseñando principalmente en los patios y pórticos del Templo. Los príncipes y los

grandes con todo el pueblo iban a oírle y confesaban que nunca habían oído hombre que hablara como él.

Decía, que Dios es padre de todos los hombres, y como en aquel tiempo los pueblos se tenían los unos a los otros por enemigos, Jesús enseñaba que todos los hombres son hermanos. Sus dos mandamientos principales eran los siguientes: Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos.

Inculcaba la confianza en la divina providencia, la que tiene cuenta hasta de un cabello de nuestra cabeza y se toma cuidado de la menor avecilla.

Decía también que el Padre celestial perdona a cuantos se vuelven a él de corazón y hacen penitencia, que el alma no muere con el cuerpo, sino que vive eternamente: que los buenos, hijos de Dios, irán al cielo, en donde el Padre celestial les dará la felicidad eterna, y a los perversos y obstinados en el mal un castigo horroroso en el infierno que jamás tendrá fin.

Finalmente, entre tanta enseñanza divina también enseñaba el Redentor la de hablar con Dios con aquel amor y respeto con que un niño habla a sus padres y él mismo nos enseñó como debemos orar al *Padre nuestro que está en los cielos.*

8o.

Parábolas.

Nuestro divino Salvador para acomodarse a la mente ruda y tarda de sus oyentes, hablaba a veces con parábolas, similitudes y ejemplos las verdades más sublimes.

Así, queriendo demostrar un día que la humildad es la primera condición indispensable para que nuestra oración sea agradable a Dios expuso la parábola siguente: Dos hombres fueron al templo a hacer oración, el uno Fariseo y el otro Publicano. El Fariseo, estando de pie cerca del altar oraba en su interior de este modo· Te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, impuros, ni como ese publicano; ayuno dos veces en la semana y observo exactamente la ley.

El publicano al contrario estando a la puerta del templo no osaba levantar siquiera los ojos al cielo; mas golpeándose el pecho decía: ¡Oh Dios,

ten piedad de este pecador! Ahora pues os digo, añadió Jesús, que éste, y no el otro, se volvió justificado a su casa, porque quien se exalta será humillado y quien se humilla será exaltado.

Otro día dijo a las turbas: ¿Quién de vosotros teniendo cien ovejas, si perdiese una, no deja en el desierto las otras noventa y nueve, y va a buscar aquella que se ha perdido hasta que la encuentre?

Y cuando la halla, se la lleva al hombro con gran contento y vuelto a su casa llama a los amigos y vecinos, diciéndoles: alegráos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido.

Así os digo, que del mismo modo habrá más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

81.

El Samaritano caritativo.

Un día presentóse a Jesús un doctor de la ley para tentarle, y le dijo: Maestro, ¿qué tengo yo que hacer para alcanzar la vida eterna? Respondióle Jesús: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees tú en ella? Y dijo el Doctor: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y al prójimo como a ti mismo. — Has contestado bien, replicóle el Salvador; haz esto y vivirás.

Mas el doctor, que quería le tuvieran por justo, añadió: ¿Y quién es mi prójimo? Respondióle Jesús con la parábola siguiente: Bajando un hombre de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones que le despojaron, le cubrieron de heridas, y se fueron dejándole medio muerto. Pasó casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque lo vió, siguió de largo: también pasó un Levita; le vió, y siguió adelante.

Acertó a pasar un Samaritano, y movido a compasión llegóse a él, vendó sus heridas bañándolas con aceite y vino, le subió en su cabalgadura y le llevó al mesón, y recomendándole al mesonero le prometió que abonaría cuanto gastara en su cuidado.

¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de ladrones? Aquél respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, díjole Jesús, y haz tú otro tanto.

82.

El rico epulón y Lázaro.

Jesús hablaba a menudo del despego de las riquezas y del uso que de ellas debe hacerse para el alivio de los pobres, y para confirmar esta enseñanza propuso la parábola siguiente:

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y daba todos los días espléndidos banquetes, y había un mendigo de nombre Lázaro, el cual lleno de llagas yacía a su puerta deseoso de hartarse con las migajas que caían de la mesa del rico; mas ninguno se las daba.

Sucedió, pues, que el mendigo murió y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham. Y murió también el rico y fué sepultado en el infierno.

Estando éste en los tormentos y alzando los ojos, vió desde lejos a Abraham y Lázaro en su seno: por lo que exclamando dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí. Envía a Lázaro que bañe la punta de sus dedos en el agua para refrescar mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama.

Abraham le contestó: Acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida; y Lázaro solamente males; pues ahora él es aquí consolado, y tú atormentado, fuera de que hay un grande abismo que nos separa, y no podemos los unos acercarnos a los otros.

Y el rico le dijo entonces: Suplícote, pues, oh padre, que envíes a avisar a mis hermanos, y

no vengan ellos también a este lugar de tormento.

Respondióle Abraham; ellos tienen a Moisés y a los profetas que pueden oir. — Pero él replicó: No, Padre Abraham; porque si alguno de los muertos fuere a ellos harán penitencia. Mas contestóle el santo patriarca: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aunque resucitare uno de la muerte.

83.

El hijo pródigo.

Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos le dijo un día a su padre: Padre, dadme la parte de los bienes que me toca. El Padre se la dió, y el hijo se fué a un país muy distante y allí disipó cuanto tenía viviendo disolutamente.

Después que todo lo hubo consumido acaeció que vino grande hambre en aquel país y no teniendo qué comer se puso al servicio de uno de los habitantes de aquella tierra, el cual le envió a su granja a guardar puercos.

Allí el infeliz deseaba con ansia saciarse de las bellotas que comían los puercos, mas no se las daban; por lo que se decía si mismo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le pediré perdón. — Y levantándose se puso en viaje para la casa paterna.

Mientras estaba todavía lejos, le vió su padre, y movido a piedad se fué corriendo a él, le echó los brazos al cuello y lo besó.

El hijo arrepentido y confuso por tanta ternura. no osando mirar el rostro del padre, le dijo, prorumpiendo en llanto: ¡Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo!

Mas el padre dijo a sus criados: Sacad el vestido más precioso y vestidlo; ponedle anillo en su mano y calzado en sus pies: tomad el ternero

más gordo y matadlo: celebremos un banquete porque este hijo estaba ya muerto y ha revivido, se había perdido, y ha sido halla do.

El hijo mayor que volvía del campo, al acercarse a la casa, oyendo el estrépito de la fiesta y sabiendo después la causa de tanta alegría, quejóse al padre de que hubiese mostrado tanto cariño a aquel hermano tan díscolo, cual no lo había hecho nunca con él que siempre le había sido fiel y obediente.

Pero el padre le respondió: Hijo, tú estás siempre conmigo y todo aquello que tengo es tuyo, y era justo hacer un banquete y fiesta, porque tu hermano estaba ya muerto y ha resucitado; se había perdido y le he hallado.

Con esta parábola Jesús quería mostranos la

misericordia infinita de Dios para con los pecadores que se vuelven a él arrepentidos.

84.

Entrada de Jesús en Jerusalén.

Jesús enseñó públicamente por más de tres años y fué por la última vez a Jerusalén antes de la fiesta de Pascua, para cuya solemnidad acudían a la misma ciudad los Judíos de todas partes.

Esta vez Jesús entró en Jerusalén montado en un borrico, rodeado por una inmensa multitud de gente.

El pueblo arrojaba ramos de olivo y tendía sus vestidos por el camino en que había de pasar, y las turbas clamaban, diciendo: Hosanna al hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor.

Mezclados en aquella multitud iban también Fariseos, que eran encarnizados enemigos del Salvador; e irritados por las fiestas y honores que le hacían, se acercaron a Jesús y le dijeron: Maestro, impón silencio a estas voces.

Mas Jesús les respondió: Yo os digo, que si éstos callaran, gritarían las piedras. Y siguió su camino entre las aclamaciones y los aplausos de la multitud. Entonces los Fariseos, viendo que el pueblo los dejaba para irse con Jesús, resolvieron hacerle morir.

Determinaron pues apoderarse de él de noche y secretamente, temiendo no se alborotara el pueblo para defenderle, se valieron al efecto de uno de los doce apóstoles, que fué Judas Iscariote, quien les prometió ponerlo en sus manos por treinta monedas de plata.

85.

La última Cena.

El día antes de su muerte Jesús cenó en Jerusalén con sus apóstoles y Judas también asistió a aquella cena como inocente.

El divino Maestro habló largamente de su muerte cercana, señalando al traidor que estaba con él a la mesa, pero sin nombrarle.

Estando para acabar la cena, tomó pan en sus manos, y levantados los ojos al cielo, lo bendijo y lo dió a sus discípulos diciendo: *Tomad y comed: este es mi cuerpo.* Así mismo, tomando el cáliz, lo bendijo y se lo dió, diciendo: *Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre: esto mismo haréis vosotros en mi memoria.*

Así quiso el buen Jesús antes de morir, dejar su cuerpo en comida y su sangre en bebida a sus Apóstoles, y con ellos a todos los hombres hasta el fin del mundo.

Después para dar ejemplo de humildad, lavó los pies a cada uno de los Apóstoles.

Vuelto a la mesa se turbó su corazón; declaró otra vez que uno de ellos había de traicionarle y que dentro de poco tiempo le perderían.

Por lo tanto los Apóstoles estaban afligidos; mas Jesús los consoló diciendo, que el Eterno Padre les enviaría el Espíritu de verdad para que quedara con ellos para siempre.

86.

Jesús en el huerto de los Olivos.

Después de la última cena se fué Jesús al monte de los Olivos cerca de Jerusalén, y entró en un

huerto llamado de Jetsemaní adonde acostumbraba retirarse a menudo con sus discípulos para hacer oración.

Llevó consigo a Pedro, Juan y Santiago, adelantóse un poco y luego comenzó a angustiarse prorumpiendo en estas palabras: Mi alma siente angustias de muerte: aguardad aquí y orad para que no caigáis en tentación.

Y alejándose como un tiro de piedra, postróse en tierra, y entrando en agonía le vino un sudor como de gotas de sangre, y por tres veces rogó a su eterno Padre, diciendo: ¡Oh padre mío! si es posible, aparta de mí este cáliz: mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Volvió después a sus discípulos, y hallándolos dormidos les dijo: Dormid ahora y descansad. Ha llegado ya la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en mano de los pecadores.

Levantáos, vamos; ya llega el que me ha de entregar.

Aún estaba hablando, cuando Judas, seguido de gran multitud de gente armada, que llevaban teas encendidas, llegóse a él y lo besó.

Y Jesús le dijo: Amigo, ¿para qué has venido? ¿así entregas con un beso al Hijo del hombre? Después adelantándose, dijo a la turba: ¿a quién bisuscá? — Contestaron: a Jesús Nazareno.

Yo soy, les dijo él entonces; y a aquellas palabras Yo soy, cayeron como desmayados al suelo.

Levantados después, como a Dios plugo, Jesús añadió: Si me buscáis a mí, dejad que estos se vayan.

Entonces los apóstoles le abandonaron y huyeron y él entregóse en manos de sus enemigos, los que le ataron como a un malhechor.

87.

Ultima noche de Jesús. — Jesús en presencia de Caifás.

Así que prendieron a Jesús los soldados, le condujeron a Jerusalén delante del Sumo Sacerdote Caifás, en cuya casa estaban congregados los ancianos y doctores de los Judíos. Querían éstos por orgullo y por envidia condenar a toda costa al Salvador. Fueron llamados falsos testigos para deponer contra él, y finalmente el pontífice preguntó a Jesús si era él verdaderamente Hijo de Dios. A lo que Jesús respondió: Sí, lo soy.

Al oir estas palabras Caifás se rasgó las vestiduras, diciendo: ¡Qué blasfemia! ¿Qué os parece? Todos contestaron unánimemente: Es reo de

muerte. Entonces Jesús fué abandonado al arbitrio de los siervos, los que pasaron el resto de la noche haciéndole burla y maltratándole; quién le escupía en la cara, quién le daba bofetones y puñadas y vendándole los ojos le herían cruelmente, diciendo Cristo, profetízanos, adivina quién es el que te ha herido.

Mientras tanto Pedro estaba calentándose al fuego en el atrio de la casa, y como unos cuantos le reprocharan por secuaz del Nazareno, negó por tres veces, afirmando con juramento que jamás había conocido a Jesús.

En aquel instante cantó el gallo por segunda vez. Pedro acordóse de las palabras de Jesús, es decir cómo él debía negarlo tres veces antes del segundo canto del gallo, y habiéndose salido a fuera echóse a llorar amargamente por la falta cometida.

88.

Jesús ante Pilatos.

La mañana del viernes, fué llevado Jesús a Poncio Pilatos, gobernador de la Judea, para que

confirmara e hiciera ejecutar la sentencia de muerte pronunciada por el Consejo supremo de los Judíos.

Para justificar esta sentencia, acusaron al Salvador como perturbador de la tranquilidad pública, que enseñaba que no se debía ningún tributo al César, y que alborotaba al pueblo para hacerse rey. Mas Pilatos, después de haberlo examinado todo, declaró que aquello era falso y que Jesús era inocente.

Los príncipes de los Judíos no se contentaron con esta declaración, y amotinaron al populacho haciéndole clamar contra Jesús. *Crucifícale, Crucifícale.* Y decía Pilatos: ¿Pero qué delito ha cometido este hombre? Y el populacho clamaba más y más, pidiendo que crucificara a Jesús. Entonces Pilatos hizo traer agua y a vista del pueblo se lavó las manos, para significar que no quería mancharse con la sangre de aquel inocente.

Recaiga su sangre, decía la turba, sobre nos-

otros y sobre nuestros hijos. Recayó realmente, porque al cabo de pocos años Jerusalén fué destruída, y perecieron sus habitantes.

Atemorizado Pilatos por los gritos y amenazas de los Judíos, que le amenazaban de denunciarle al emperador, hizo azotar y coronar de espinas a Jesús, esperando que el pueblo se moviera a compasión, y cesara de pedir su muerte.

Mas el pueblo desapiadado volvió a clamar: Sea crucificado. Pilatos entonces se lo entregó para que le llevaran a morir sobre el Calvario.

89.

Muerte de Jesús.

El Calvario era un monte cercano a Jerusalén en el que ajusticiaban a los malhechores, y Jesús

fué llevado allí cargado con una cruz muy pesada.

Así que llegó, los Judíos le desnudaron, le

crucificaron y levantaron su cruz en medio de otras dos de las que colgaban dos ladrones.

A los dolores atroces que Jesús padecía por las heridas de sus pies y manos y de todo su cuerpo, añadíanse los escarnios e insultos de la multitud; con todo eso Él rogaba a Dios diciendo: Perdónales, Padre mío, porque no saben lo que hacen.

Uno de los ladrones, que estaban crucificados con El le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino; a lo que respondió Jesús: Hoy estarás conmigo en el paraíso.

Había ido al Calvario también María y con ella el Apóstol San Juan y unas piadosas mujeres.

Jesús quiso consolar a su Madre dándole por hijo a Juan, a quien especialmente amaba: y en la persona de S. Juan fuimos hechos todos hijos de María.

Jesús quedó en la cruz desde el medio día hasta las tres de la tarde. Entonces lanzó un gran grito

y dijo: ¡Padre mío, en tus manos entrego mi alma! Después inclinó la cabeza y murió.

En el mismo instante se oscureció el sol, rasgóse el velo del templo, la tierra tembló, y partiéronse las peñas en los contornos de Jerusalén.

La multitud que estaba sobre el Calvario huyó aterrada golpeándose el pecho en señal de arrepentimiento, y el capitán de las guardias, en presencia de tantos prodigios, dijo: Verdaderamente este hombre era el hijo de Dios.

90.

Resurrección de Jesu-Cristo.

Después de muerto el Salvador, José de Arimatea y Nicodemus pidieron el cuerpo de Jesús a Poncio Pilatos, el cual se lo entregó.

Ellos entonces lo descolgaron de la cruz, lo envolvieron con lienzos y lo llevaron al sepulcro.

Este sepulcro era una gruta cavada en la peña en un jardín de José de Arimatea, muy cerca del Calvario, y habiéndo colocado en él el santo Cuerpo y ungídolo con especies aromáticas, cerraron la entrada con una gran piedra.

En tanto los enemigos de Jesús pensando en lo que El les había dicho acerca de la resurrección del Hijo de Dios, temieron se llevaran los discípulos el cuerpo durante la noche, y dijeran después que Jesús había resucitado.

Pidieron por esto a Pilatos que pusiera guardias sobre el sepulcro hasta el tercer día Al punto fueron puestas las guardias, y para mayor seguridad sellaron también la piedra de la entrada.

El día Sábado pasó todo en el mayor silencio; mas al día siguiente, muy temprano, la tierra

tembló y los guardias del sepulcro cayeron espantados al suelo, pues un Angel del Señor revestido de una luz deslumbradora había bajado del cielo y alzado la lápida que cerraba el monumento.

Los soldados recobrados del miedo, corrieron apresurados a la ciudad para anunciar a los príncipes de los Judíos cuanto había sucedido; y éstos consternados con el nuevo prodigio, diéronles gran cantidad de dinero para que callaran la verdad, y dijeran que mientras ellos dormían habían venido al sepulcro los discípulos de Jesús y se habían llevado su Cuerpo.

91.

Las mujeres piadosas en el Sepulcro.

Las piadosas mujeres que habían asistido a la muerte y sepultura del Salvador, apenas hubo acabado el reposo del Sábado, fueron al sepulcro de Jesús llevando consigo ungüentos y aromas para embalsamar su cuerpo.

Llegaron al despuntar el día y entrando en el jardín vieron la piedra del sepulcro levantada, y pensaron entonces que los enemigos del Señor hubiesen arrebatado su cuerpo.

Mientras miraban con tristeza al sepulcro vacío, he aquí que se les aparecen dos Angeles con vestidos resplandecientes y les dicen: No temáis; vosotros buscáis a Jesús Nazareno que fué crucificado; El resucitó, ya no está aquí, id a decirselo a los Apóstoles. Fuéronse las mujeres; mas los Apóstoles no las creyeron.

María Magdalena había ido también al sepulcro; y llorando por no encontrar el cuerpo de su

Maestro a quien buscaba, vió de súbito junto a sí a un hombre desconocido.

María le tomó por el hortelano, pero era el Salvador mismo que la llamó por su nombre.

Reconociéndole en la voz, arrojóse a sus pies para besárselos; mas Jesús le dijo: No me toques, porque no he subido todavía a mi Padre; vé a mis hermanos y diles que en breve subiré a mi Padre y Padre vuestro, a mi Dios, y vuestro Dios.

Levantóse María y fué a decirlo a los Apóstoles, pero estos no la creyeron.

92.

Jesús se aparece a los Discípulos.

El día mismo de la resurrección, iban dos discípulos para Emmaús, villa cercana a Jerusalén, y mientras caminaban tristes, discurriendo sobre

la muerte de Jesús, El se les acercó y fué conversando con ellos sin que le conocieran.

Cuando llegaron cerca de Emmaús, Jesús mostraba querer ir más adelante, pero le rogaron encarecidamente se quedara con ellos, por ser ya muy tarde. Accedió Jesús y fuése como huésped a su casa. Sentados juntos a la mesa y estando para cenar se les manifestó, y desapareció al instante. Ellos entonces volvieron a Jerusalén y fueron a donde estaban ocultos los Apóstoles por temor de los Judíos; cuando he aquí que vieron de súbito a Jesús en medio de ellos que les dijo: La paz sea con vosotros, Yo soy, no temáis.

Los Apóstoles pensaron de pronto que sería algun fantasma, y tuvieron miedo, mas El los tranquilizó y confirmó sobre quién era realmente, dándoles a tocar su cuerpo. Con todo eso, como algunos aún no se persuadiesen de su resurrección, para convencerlos púsose a comer con ellos.

A la sazón estaba ausente el Apóstol Tomás y así que llegó, rodeáronlo todos diciendo: Hemos visto al Señor. Mas él respondió: Si yo no veo sus llagas, y no meto mi dedo en el agujero de los clavos, y la mano en la herida de su costado, no creeré.

Ocho días después estando reunidos los Apóstoles en el mismo lugar, entró Jesús a puertas cerradas y sentóse en medio de ellos. Tomás estaba presente, y Jesús le dijo: Ven y mete tu mano en mi costado y tus dedos en mis heridas, y no seas incrédulo.

Al oir etas palabras Tomás echóse llorando a los pies de Jesús y exclamó: ¡ Señor mío! Respondióle Jesús: Tú has creído porque has visto,

bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído.

93.

Ascensión de Jesús.

Jesús no conversaba ya de continuo con los Apóstoles como antes de su muerte, sino que se les aparecía de cuando en cuando para darles sus instrucciones y sus postreras órdenes.

De las muchas y divinas enseñanzas que les dió en aquellos últimos días, éstas son las más memorables: Como el Padre me ha mandado a mí, así, yo os mando a vosotros. Id por todo el mundo, instruid a todas las naciones y bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que yo os he mandado.

Quien creyere y fuere bautizado será salvo; quien no creyere será condenado. Serán perdonados los pecados a quien los perdonareis y retenidos a quienes los retuviereis.

Confirmó finalmente a Pedro en la potestad de gobernar no sólo a su grey, sino también a los pastores, y renovó a los discípulos la promesa de que el Padre enviaría el Espíritu Santo.

Cuarenta días depués de su resurrección Jesús llevó a sus Apóstoles fuera de Jerusalén, al monte de los Olivos, y llegado con ellos a la cumbre de aquel monte, alzó las manos y los bendijo, y mientras los bendecía comenzó a levantarse visiblemente hacia al cielo.

Maravillados los Apóstoles, estaban mirando cómo iba ascendiendo, pero de repente le envolvió una nube y lo arrebató a sus miradas.

Entonces los Apóstoles se arrojaron con el rostro en tierra para adorar a Jesu-Cristo, y estaban alegres porque sabían que su divino Maestro hallábase glorioso en el cielo, y esperaban ir a verle allá en la eterna bienaventuranza.

94.

Pentecostés o la venida del Espíritu Santo.

Llamábase Pentecostés la fiesta en que los Hebreos ofrecían a Dios las primicias de la tierra, en cuya ocasión acudían ellos a Jerusalén de todas las partes del mundo.

La mañana de aquel día los Apóstoles con María Santísima y muchos Discípulos estaban reunidos en un cuarto, y oraban juntos aguardando el Espíritu Santo prometido.

Los Apóstoles ya habían sido instruídos durante más de tres años por el Salvador, sin embargo aún les era menester mucha sabiduría; tenían buena voluntad, mas eran todavía débiles y temerosos.

El Espíritu Santo debía instruirlos y fortalecerlos, darles el conocimiento de la verdad y el valor para predicarla.

Cuando he aquí que de repente sobreviene del cielo un ruído como de viento impetuoso, y fué sacudida la casa como por un terremoto.

Al mismo tiempo apareció en el aposento en que estaban los Apóstoles una llama resplandeciente, que repartióse en muchas lenguas de fuego descendiendo sobre la cabeza de cada uno de ellos; al punto halláronse todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a alabar al Señor en diversas lenguas.

Entonces los Apóstoles sintiéronse convertidos en otros hombres; el Espíritu Santo les había iluminado la mente y fortalecido el ánimo para predicar el Evanglio según el mandato que habían recibido de Jesu-Cristo.

95.

Predicación del Evangelio.

El día mismo de Pentecostés, muchos de los Judíos y extranjeros que se hallaban en Jerusalén rodearon a los Apóstoles, y quedaron atónitos oyéndolos hablar cada cual en su propio idioma.

Algunos sin embargo se mofaban de ellos, insultándolos como a ébrios; por lo que San Pedro encendido en gran zelo protestó que no hablaban por ebriedad, sino por virtud del Espíritu Santo, que había bajado sobre ellos, y les dijo cómo Jesu-Cristo crucificado por los Judíos y resucitado de la muerte, era el hijo de Dios, exhortándolos a recibir el bautisimo en remisión de sus pecados.

A estas palabras, muchos compungidos de corazón, creyeron en lo que decían los Apóstoles, y fueron cerca de tres mil los que en aquel día recibieron el bautismo y se unieron a los secuaces de Cristo.

Por la tarde, yendo al templo los Apóstoles Pedro y Juan, vieron a un hombre cojo desde su nacimiento, el cual iba cada día a la puerta del templo a pedir limosna.

Pedro, puestos los ojos en él, le dijo: míranos; y el cojo fijaba en ellos la vista atentamente esperando alguna limosna; y Pedro añadió: Yo

no tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo. En el nombre de Jesús Nazareno levántate y anda.

Y asiéndole de la mano, le levantó. Entonces el cojo hallandose sano, entró con ellos en el templo, saltando de gozo y alabando al Señor.

Al ver aquel prodigio se llenó el pueblo de temor y admiración, y Pedro aprovechó la ocasión para hablar otra vez de Jesús, de su muerte y resurrección; por lo que otras cinco mil personas creyeron y fueron bautizadas.

Todos los que habían recibido la fe y el bautismo, perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la participación del cuerpo del Señor; oraban y vivían juntos fraternalmente, con júbilo y sencillez de corazón y ensalzando a Dios Todopoderoso.

96.

San Esteban protomártir.

Como continuáran los Apóstoles predicando y haciendo muchos milagros, iba aumentado de día en día el número de los fieles, y de todas partes se llevaban enfermos a las calles y plazas, por donde debía pasar San Pedro, a fin de qué tocándolos los sanara.

Los príncipes de los Judíos vedáronles que enseñaran y hablaran en el nombre de Jesús; a lo que contestaron los Apóstoles, que querían antes obedecer a Dios que a los hombres. Entonces fueron encarcelados; mas un Angel de Dios los libró: los hicieron azotar después, pero ellos se regocijaban por la suerte que les tocaba de padecer por Jesu-Cristo.

No pudiendo ya, por el crecido numero de discípulos, proveer a todas las necesidades de la nueva Iglesia, eligieron a siete diáconos para que los ayudaran en su ministerio; entre ellos estaba Esteban varón lleno de fe y de Espíritu Santo.

Esteban también obraba prodigios y grandes maravillas en el pueblo; disputaba con los Judíos, y nadie podía resistir a la sabiduría y al Espíritu que hablaba en él.

Le acusaron como blasfemo contra Dios y Moisés; mas él demostro a sus jueces cómo aquellas blasfemias eran calumnias, y mientras hablaba se volvía su rostro como de ángel y dijo: He aquí que yo veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios.

Al oir aquellas palabras alzaron todos la voz

tapándose los oídos, acometieron contra él y echándole fuera de la ciudad le apedrearon.

Esteban estando en pie invocaba a Jesús diciendo· Señor Jesús, recibe mi espítitu. Después arrodillándose clamó en alta voz: Señor, no les atribuyas mi muerte a pecado, y diciendo esto entregó a Dios su alma.

Emprendióse en aquel día una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén y casi todos los fieles excepto los Apóstoles, huyeron dispersándose en los pueblos del contorno. Esteban en tanto fué sepultado por algunos piadosos varones que lloraron su muerte.

97.

El Apóstol San Pablo.

Cuando el mártir Esteban fué apedreado, estaba presente un joven llamado Saulo, cuidando de los vestidos de los que apedreaban a Esteban.

Era este joven uno de los más encarnizados perseguidores de los Cristianos; y yendo un día a Damasco en busca de los discípulos del Señor para exterminarlos, de repente rodeóle una luz deslumbradora, y como herido por un rayo cayó en tierra.

Oyó al mismo tiempo una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? A lo que respondió Saulo: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa es volverte contra tu Señor. Y Saulo dijo temblando de terror: Señor, ¿qué quieres tú que yo haga? Levántate, dijo el Señor, y entra en la ciudad y allí se te dirá lo que debes hacer.

Entonces Saulo se levantó para irse, pero se encontró ciego, y sus compañeros asombrados por el prodigio, le llevaron de la mano y le condujeron a Damasco a casa de Judas, donde quedó tres días, sin ver, ni comer, ni beber.

Hallábase en Damasco un discípulo cristiano llamado Ananías, al cual ordenó el Señor fuera a imponer las manos a Saulo y le volviera la vista. Fué Ananías, impuso las manos a Saulo, y al punto le cayeron de los ojos como unas escamas, por lo que volvió a ver y recibió el bautismo.

Desde aquel día Saulo, (que después llamóse Pablo) lleno del Espíritu Santo fué uno de los más ardientes predicadores del Evangelio; y Dios se valió de él para convertir a los Gentiles; por lo que tuvo el titulo de *Apóstol* de las gentes.

Increibles son los viajes que emprendió, los

trabajos que sobrellevó, los peligros que arrostró, los dolores que sufrió por la propagación de la fe y el amor a Jesu-Cristo: hasta que, después de una vida toda consagrada al bien de los hombres, alcanzó en Roma, bajo el emperador Nerón, la corona del martirio.

98.

Conversión de los gentiles.

Había en Cesarea, ciudad de la Palestina, un Centurión llamado Cornelio, el cual aunque era gentil, temía a Dios lo mismo que toda su familia y hacía mucha limosna y oraba siempre.

Tuvo una visión de un Angel del Señor el cual le dijo enviara a buscar al Apóstol San Pedro que a la sazón moraba en Jope, y que él le diría lo que le era menester para salvarse. Cornelio hizo como el Angel le había dicho.

Entonces San Pedro, que había tenido también una visión, fué a Cesarea, y Cornelio con todos sus parientes y sus más íntimos amigos le acogió con suma reverencia, rogándole le manifestara lo que el Señor le habia ordenado.

Pedro le habló de Jesús Nazareno a quien Dios había resucitado de entre los muertos, y mientras predicaba, bajó el Espíritu Santo sobre cuantos le escuchaban, y empezaron a hablar en diversas lenguas glorificando a Dios.

Entonces dijo Pedro: ¿Puede alguien vedar el agua del Bautismo a estos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros? Y ordenó fueran bautizados en nombre de Jesu-Cristo.

Fueron estos los primeros gentiles llamados por

Dios a la fe y bautizados en su nombre; y cuando Pedro volvió a Jerusalén lo rodearon todos preguntándole por qué había entrado en casa de gentiles y comido con ellos.

San Pedro expuso la visión tenida y el mandato de Dios de ir a Cornelio, y cómo sobre él y sobre todos los suyos había bajado el Espíritu Santo, añadió: Si Dios les ha dispensado el mismo don que a nosotros que hemos creído en Jesu-Cristo, ¿quién soy yo para oponerme al Señor?

Entonces todos callaron y glorificaron al Señor porque no sólo a los Judíos sino también a los gentiles les hubiese concedido convertirse y alcanzar la salud.

99.

Vida de los Apóstoles.

La vida de los Apóstoles fué una larga serie de fatigas y de **padecimientos,** por que sólo cuidaban de la difusión del Evangelio y de la glorificación del nombre de Dios.

Dispersados por todas las partes del mundo, vivieron del trabajo o de las limosnas de los fieles; arrostraron intrépidamente el calor y el frío, el hambre y la sed, los asaltos de los ladrones, las borrascas y demás incomodidades de los viajes, fuera de los ayunos y mortificaciones que se imponían para sujetar su cuerpo, y dar ejemplo de penitencia.

Los gentiles los odiaban porque eran Judíos, y los Judíos los odiaban porque enseñaban una nueva doctrina.

Los milagros que hacían eran tenidos por sortilegios, los llamaban impostores y sediciosos,

perturbadores del orden público, venidos a destruir las religiones establecidas y a introducir nuevas y extrañas costumbres.

Los acusaban ante los tribunales y los hacían condenar a prisión y a ser azotados públicamente; los arrojaban de las ciudades a pedradas; verificándose lo que Jesús había predicho; que serían odiados por todo el mundo por causa de su nombre.

Mas ellos estaban armados de valor y de constancia, y lejos de desalentarse, al paso que sufrían sentíanse cada vez más llenos de consuelo y de júbilo, sabiendo que después de la lucha se les tenía reservada en los cielos la corona de la justicia, y que los dolores de esta vida nada son en comparación de la felicidad eterna.

Todos sostuvieron intrépidamente el martirio en testimonio de la verdad que predicaban. Algunos, como San Pedro, tuvieron la honra de morir como su divino Maestro, clavados en una cruz; otros como San Pablo, fueron decapitados; San Bartolomé fué desollado vivo, San Juan echado en una caldera de aceite hirviendo, San Felipe, crucificado y lapidado; los demás fueron llevados de varios modos al suplicio y a la muerte.

100.

Las Persecuciones y los Mártires.

La Iglesia continuó siendo perseguida por espacio de trescientos años, y aunque los Cristianos viviesen con grande humildad y modestia mirando tansólo al bien del prójimo, con todo, el mundo los odiaba y el solo nombre de Cristiano era tenido por delito.

Decíase que los Cristianos no tenían ningún Dios, porque desdeñaban la adoración de los ídolos, y porque no asistían con los paganos a los espectáculos públicos; ayunaban a menudo y no llevaban vestidos preciosos, ni adornos de ninguna suerte, por lo que eran llamados toscos y salvajes.

Trataron pues de exterminarlos. Aquí eran desterrados, allí condenados a la cárcel, ora se les confiscaban los bienes, ora se les arrastraba a trabajar en las minas, y por doquiera les aguardaban suplicios y sentencias de muerte, con el fin de amedrentarles.

Mas todo fué en vano; al paso que crecía el número de los mártires se multiplicaba el número de los Cristianos, y ya en todas partes era predicada y seguida por muchos la religión Cristiana. Hasta en las casas de los emperadores había quien en secreto la profesaba.

Por fin suscitó Dios al emperador Constantino quien no solo hizo cesar las persecuciones, sino que él mismo abrazó el Cristianismo, y lo declaró con un edicto solemne religión del imperio.

Entonces la fe de Jesu-Cristo triunfando de tres siglos de lucha y fecundada con la sangre de millones de mártires, comenzó a reinar sobre todo el Universo.

6820/755'56